

Brecha

AÑO I

ARTES

MAYO DE 1957

LETRAS

No. 9

Secretario del Consejo de Redacción: Arturo Echeverría Loría. — Teléfono 5640 - Apartado 1157 - San José, Costa Rica

Edita: BRECHA Ltda. — ES EL ARTE EL QUE VENCE EL ESPACIO Y EL TIEMPO. Rubén Darío. — Precio: 1 colón

Francisco Zúñiga, Escultor

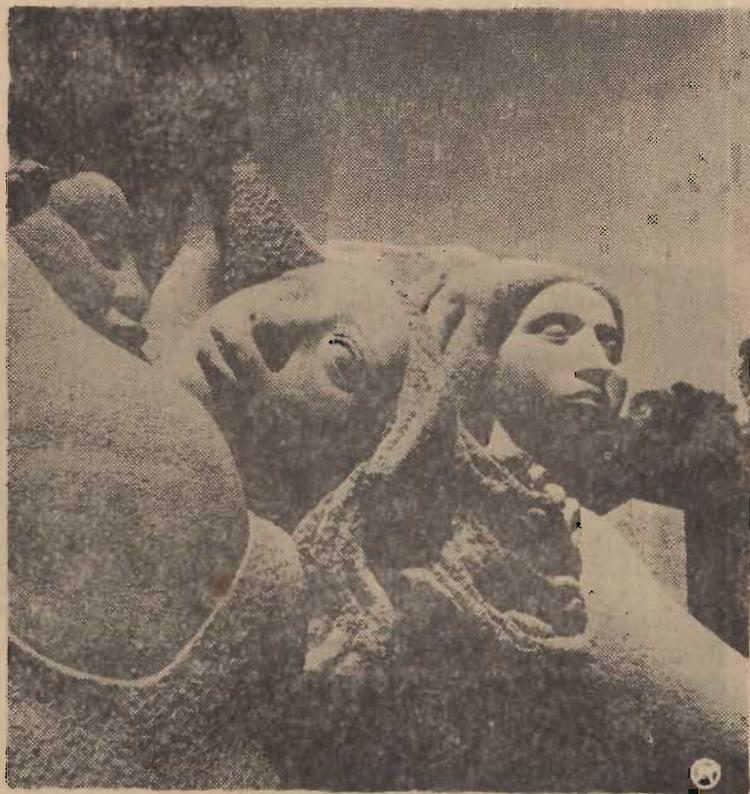
Representa Francisco Zúñiga, en el medio artístico de México, una tendencia definida: la de la más pura tradición escultórica, que desde las manos y los brazos del indio, pasando sobre la tierra herida por la conquista, ha llegado a nosotros, sugere, misteriosa, plena de vida, de angustia y de poesía; es decir que, basándose en la tradición precortesiana, brotan con fuerza sus creaciones artísticas para ser, dentro de la moderna escultura mexicana, una obra clara, limpia y pujante.

Hay una estética indígena, una concepción del arte que se desprende de las manos religiosas del indio artífice y la trasmite a la piedra y al barro: es lo telúrico, lo misterioso: aquellas puertas abiertas a la monstruosidad, al horror, a lo desconocido.

Si se pudiera desentrañar el alma de los pueblos de nuestra América, hasta lo profundo, se vería que esta es como la de un niño aterrizado ante lo desconocido, y es por esta sorpresa frente a las fuerzas ocultas: el agua que forma la espuma, la piedra que rueda, el polvo en que se estampa el pie del caminante, la lluvia torrencial y fina que baja de las nubes, que así se manifiesta.

Lo monstruoso deja de serlo en la reverente admiración que se siente ante la Cuatlicue, nuestra madre indígena, la creadora de la vida y de la muerte, a la que se llega en asombro a incli-

Por Arturo Echeverría Loría



DETALLE DEL MONUMENTO A LA REVOLUCION SALVADOREÑA

narse ante su aterradora presencia.

Tomando en cuenta todo esto y muchos otros aspectos, la escuela mexicana de escultura enreda sus hilos con los que dejaron las razas aborígenes: no imitando servilmente, sino partiendo del concepto que los primeros pobladores de nuestra América tuvieron del mundo, arrebatada a la piedra, a los hieráticos monolitos, a las grandiosas arquitecturas del continen-

te, del concepto puramente arqueológico, dotándolas de nueva vitalidad, transformando el sentir de verlas como historia, en arte vivo y viviente.

No es la imitación lo que persigue: es la creación pura dentro de un canon estético opuesto, si se quiere, en todo a lo helénico, pero vital y bello en sus majestuosas concepciones, ligado a una tradición, a una o a muchas civilizaciones llenas de preteritas glorias, que ha llegado a

nosotros desgarrada en los códices y en la piedra.

La escultura es la poesía de la piedra, de la madera y de la arcilla (y aun del papel, si recordamos las maravillosas pajaritas de Unamuno): es el llanto que sale desde dentro, de la raíz, —en palabras de Octavio Paz— de la raíz del hombre. Del hombre eterno frente a la vida y frente a la obra. Zúñiga comprende el drama del hombre, y sostiene una posición firme ante él. Extravierte en la forma y en el volumen, desde su origen de tierra, la poesía misma construida a golpe de cincel sobre la piedra, modelando la arcilla o hiriendo el tronco de la madera, su paisaje de angustia, de raíz honda en la carne que lo impulsa a darse íntegramente, sin evasivas, llegando hasta su mismo principio, quemándose en la vida y por la vida, firme en su posición de artista y de hombre. Sus obras expresan y testifican desnudamente lo que decimos. No se clasifican éstas dentro de grupos de escuelas conocidas, pues como dijo Picasso en una nota sobre la enseñanza académica del arte: "El arte no es la aplicación de un canon de belleza, sino aquéllo que el cerebro y el instinto conciben independientemente de ese canon... Lo que cuenta no es lo que hace el artista, sino lo que él es". Estas citas de Picasso demuestran plenamente lo que debe ser el creador en relación con su trabajo; por eso nos interesa este es-

cultor, que en el amor, la sinceridad y la independencia de su obra, se revela creador de verdad. Sólo los falsos artistas oficiales u oficiosos, oportunistas del arte, rebajan éste a una categoría de servidumbre, olvidando la probidad intelectual, abandonándose por su propio interés personal a las corrientes más oscuras. Ni la pasada de moda "torre de marfil", ni la anterior posición son las que sigue Zúñiga. Intimamente ligado a la vida y a sus problemas cotidianos, firme dentro de la fiel trayectoria que tan limpiamente marcan sus trabajos de arte, este escultor plantea problemas y los resuelve: "No es solamente por un sentimiento romántico de lo indígena que vamos en busca de sus raíces; es por desentrañar ahondando en el hombre, en sus orígenes, en la tierra y la sangre de un pueblo que todo arte creador se nutre primero. Sabemos que el legado escultórico prehispánico es una cima cultural tan importante como el griego y el egipcio. Sus piedras nos dan una concisa arquitectura, una claridad y riqueza plástica imaginativa insuperable, sensible de las condiciones en que se produce la obra, un oficio perfecto. Para los nuevos artistas esto será siempre una lección y una búsqueda necesarias. Pero no es la vuelta al pasado, ni la repetición arcaizante de sus decoraciones y estilos, sino el contacto, el arranque de la tradición popular, con la tierra y su dramática interpretación plástica. Insistir en comparaciones escolásticas con la producción actual de la escultura haciendo de ello tabla de valoraciones, está fuera de tiempo; otras son las causas que determinan los movimientos culturales".

Cada vez más consciente del llamado del arte, Francisco Zúñiga se ha transformado en uno de los mejores escultores hispanoamericanos. Tiene fuerza y agilidad, ímpetu emocional; y, sobre todas las cosas, tiene oficio y escuela.

Los largos años de aprendizaje dentro de la lucha diaria; su acercamiento al pueblo; sus conocimientos del arte de la fundición; su aprendizaje con el lápiz en la mano en los mercados de México; su intimidad con el dibujo, con la composición, con la arquitectura, lo han llevado por la senda más ardua pero más gloriosa a su cabal compenetración con el oficio de la escultura.

Mucho se cavilado sobre sus orígenes, sobre si el escultor que



DETALLE DEL MONUMENTO A LA REVOLUCION SALVADOREÑA

ahora es Paco Zúñiga se le debe en un todo al medio mexicano, o si simplemente, al incorporarse a ese medio artístico, llevó consigo su fuerza potente de escuela ya adquirida en el taller de su señor padre en San José de Costa Rica y de sus trabajos personales

desde entonces realizados. No cabe duda que es mucho lo que debe al medio ambiente mexicano, a esa nación de escultores, de hombres con sentido de la plástica; pero también es justo dar a Zúñiga el valor que tiene su iniciación en el taller de su señor pa

dre don Manuel, cuando ya comenzando a despuntar su juventud, ejecutó una obra en talla directa en piedra, del valor que tiene la escultura de *La Madre*. En esa escultura está implícito todo el germen creativo que más tarde, en un ambiente como el de México, se habría de desarrollar en el escultor Francisco Zúñiga, haciendo de él un valor permanente de la escultura continental. De ahí arranca la raíz que se habría de hincar con fuerza vital en el corazón de México. De ahí su telúrica emoción de artista. De ahí su devoción inalterable por la escultura.

Tres etapas hemos convivido con el escultor: lo conocimos desenvolviéndose en su patria; lo vimos en sus luchas y triunfos en México; le volvimos a encontrar años más tarde, sin haber cambiado un ápice en su línea de conducta. Luego el destino nos deparó la fortuna de volver a convivir con él, a conversar sobre los problemas del arte y de la escultura. Lo vimos sacrificarse para abrir horizontes a sus ideas, tenaz e insatisfecho siempre, buscador de formas, cubriendo superficiales de imágenes, creando un mundo de belleza que lo honra.



LA HAMACA. Nuestro gran escultor, orgullo del Arte costarricense, Francisco Zúñiga, obtuvo con esta escultura en piedra el primer premio del Salón de Escultura Anual del Instituto Nacional de Bellas Artes de México. La obra fue adquirida por la misma Institución

San Pedro y Sancho Panza



Por S. Aguado-Andreut

A) "También vos, Sancho, sois de la cofradía de vuestro amo?"

[Quijote, I. cap. 47]

B) "et tu cum Iesu Nazareno eras"

[Evang. San Marcos, cap. 14, vers. 67]

A)

En las zagueras páginas del capítulo 47, del *Quijote*, hay un vivísimo diálogo entre Sancho y el Barbero. Se inicia con una oración interrogativa "ex-abrupto" [= "también vos, Sancho, sois de la cofradía de vuestro amo?"] y se sigue de una serie de oraciones en "apercibimiento" y posibles "castigos". Estas oraciones están precisadas por un grupo de "que" [= "que voy viendo..."; "que le habéis..."; "y que habéis de..."], a modo de frenos sintácticos —expresan los distintos posibles "castigos"—, para que Sancho sienta en lo evocado toda la fuerza de lo mentado. Concluye, el Barbero, con dos sintagmas coordinados: uno se refiere al lugar: "en mal punto os empreñastes de sus promesas"; otro, al momento: "y en mal hora se os entró en los cascos la ínsula que tanto deséais". El lugar está dominado por la "conversión" [= "os empreñastes"] y el tiempo por la "ambición" —en cuanto a Sancho—, por la "promesa" —de parte de Don Quijote— [= "la ínsula que tanto deséais"]

El hombre que lo "empreñó" y le "entró en los cascos la ínsula" —según el juicio del Barbero— va amarrado de manos y encerrado en una "carreta-jaula": es D. Quijote. Sancho está mezclado entre los "pocos fariseos" y vigila, con vigilancia de rústico. Alerta, observa todos los movimientos y palabras ajenas, hasta que es interrogado descaradamente: "también vos, Sancho..."

B)

En el capítulo XIV, versículo 67, del Evangelio de San Marcos [también en San Lucas, 22, vers. 56; en San Juan, 18, vers. 15, y en San Mateo, 26, vers. 69], una mujer, criada del Sumo Sacerdote [= "una ex ancillis summi Sacerdotis"], "ex-abrupto, dice a Pedro: "Et tu cum Iesu Nazareno eras" [= "también tu estabas en la Cofradía de Jesús de Nazareno"]. Disparo al rostro de Pedro: con una oración simple, directa, pero amarga. No es una interrogativa, como en el *Quijote*. Desde su inicio ["et" = "etiam"] la afirmación es como una brasa: mantiene una extensa vibración a lo largo de la frase, se mueve de extremo a extremo. Su ruido —su vibración— toca a todos los allí presentes. Ese "et tu", luego "eras" y en mitad el ablativo de compañía —"cum Iesu Nazareno"—, no ofrece dudas: la intención (siempre en el texto latino) de la "ancilla" queda bien expresada.

Pedro es otro *empreñado* —el más *empreñado* de todos— y le ha entrado en los cascos una *ínsula*, una *promesa*.

También él estaba alerta: observa y calla hasta que es *descubierto*. Quien lo *empreñó* y le *entró en los cascos la ínsula* —Jesús— está amarrado de manos y encerrado en otra "carreta-jaula": las miradas, la envidia, la soberbia, la cerrada lógica, son los barrotos: bardas difícil de saltar.

C)

Las dos construcciones —la de Sancho y la de Pedro— se inician de igual modo:

1) "et tu"

2) "también vos".

La primera afirmativa; la segunda interrogativa aparente: pues, el "también" la debilita,

juntamente con los demás elementos que la acompañan.

II

A) "yo no estoy preñado de nadie, ni soy hombre que me dejara empreñar, del Rey que fuese: y, aunque pobre, soy cristiano viejo y no debo nada a nadie; y, si ínsulas deseo, otros desean otras cosas peores..."

[Quijote, I, cap. 47]

B) "neque scio neque novi quid dicas"

[Evang. San Marcos, cap. 14, vers. 68]

A)

Sancho replica. Parece que dijera: "sí que lo soy, y qué?". Mas no bastaría una contestación de este tipo: *descarada*; y Sancho —el Sancho cervantino que no el de Avellaneda— no es *descarado*. Urge —y Cervantes lo consigue— una *cadena sintagmática progresiva*. *Primero*: no soy hombre [con un "yo" enfático, para que no ofrezca dudas; es decir: "yo y no otro no estoy preñado..."] que se crea todo [= *empreñar*], ni me creería cualquier cosa, aunque lo dijera el Rey [la máxima autoridad para el Sancho español, y la toma como extremo]; *segundo*: no me lo creo porque soy *cristiano viejo* [ante la duda de que el Barbero le supusiese descendiente de judíos]; *tercero*: como no debo nada a nadie tengo mis ambiciones, pero otros también las tienen, y, además, peores, sucias, y, como soy hombre, puedo aspirar a cuanto guste [y emplea el extremo religioso: "puedo venir a ser papa]; *cuarto*: mi señor, D. Quijote —y aquí afirma que sí es de la cofradía— ganará muchas ínsulas [descubre no sólo su "no empreñamiento" sino su fe en D. Quijote] y faltarán hombres a

A)

quienes dárse las [su amo es tan poderoso que conseguirá más ínsulas que hombres haya: obsérvese lo exagerado de Sancho]; *quinto*: cuide su "habla" señor Barbero, "que no todo es hacer barbas, y algo va de Pedro a Pedro".

Todas las observaciones van encabezadas por un "y" gramaticalizado [= "y aunque pobre"; "y no debo" "y debajo de"; "y más"]; pared que detiene, en cada momento, lo expansivo de la proposición anterior. Cuatro frenos —cuatro veces "y"— para que el oyente, el Barbero, entienda y no equivoque cuanto Sancho le dice: cada oración tiene su fuerza concentrada y no contagia a las otras.

No hay adjetivos: ni los necesita. Los sustantivos, abiertos, pues no llevan artículo, precisan los objetos, las ideas, la intención. "Viejo" y "cristiano" —que no adjetivos— forman una masa sustantiva, que, en un momento histórico de la vida española, era urgente plantear.

B)

Pedro, el buen Pedro, tiembla ante la afirmación [= "et tu cum Iesu..."] Se hace pequeño. Su vida está en un hilo. Y esta su vida le hace negar: "neque scio neque novi quid dicas" [= "ni sé ni entiendo lo que tú dices"].

No le han preguntado —siempre en el texto latino— "nun" o "ne" o "nonne" [= "acaso"; "es que"; "es verdad que"], sino, desde el inicio respiratorio, ha surgido la afirmación: "et tu" [= "también tu"]. No le han dado tiempo. Y niega con dolorosa fuerza, más enérgica: "ni sé ni entiendo". Es decir, se desembaraza del hecho que le imputan.

Cuenta San Marcos que lloró amargamente [= "et coepit flere"]. Imaginamos a San Pedro, remordido por dentro, mastican-

IN MEMORIAM

PACO SOLER

Por Cristián RODRIGUEZ.

Para la nueva generación, que constituye sin duda el grueso de los lectores de esta revista, el nombre de Paco Soler puede que sea desconocido o un nombre del que se ha oído hablar vagamente; más remoto aún que lo era para nosotros el del poeta y periodista Pío Víquez. Los años en que Soler alcanzó su breve y fúlgido apogeo, en la segunda década del siglo, nos parece que acaban de transcurrir, ilusión muy natural de los que ha tiempo dejamos de ser jóvenes. No por ser un lugar común es menor cierta la observación de que a medida que avanzamos en edad, los años parecen deslizarse con más rapidéz que la que deseáramos, como se suceden, con congojosa frecuencia, los vencimientos de las primas de seguro.

Alejado de la tierra, sin poder consultar archivos ni refrescar la memoria con la conversación de amigos comunes, la semeblanza que pudiera escribir ten-

dría que estar por fuerza plagada de inexactitudes. Me limitaré, pues, a unas cuantas reminiscencias y a esforzarme por reconstruir el ambiente de la época. No persigo otro fin que el de estimular a otros, más capacitados y menos afectados de amnesia que yo, a que rindan un tardío homenaje a aquel singular ingenio, excelente y dilecto amigo que fue Francisco Soler Carranza.

Un hombre singular.

Comenzaré por tratar de evocar, si me es hacedero, su aspecto físico y su bien perfilada personalidad.

Era de mediana estatura, bien proporcionado, más cenecño que entrado en carnes y ligeramente cargado de espaldas. Su padre era español y no lo conocí, pero no se percibían en las facciones del hijo los rasgos típicos que asociamos al peninsular. Era más bien un tipo eminentemente criollo, "muy Carranza". Tenía mu-

chos ameneramientos originales, como tantas cosas en él lo eran. Su andar era inconfundible: no levantaba un pie sin tener firmemente asentado el otro, con flexión rotular mínima, pero sin bambolearse. Su sombrero era tan típico como su firma, un chapeo de vicuña gris, arrugado de manera *sui generis*, fácil de identificar en la percha. Al saludar apenas si levantaba el brazo, limitándose a hacer un leve movimiento de vaivén con la mano, como quien dibujara eses en el aire. A pesar de su inequívoca masculinidad, se partía el cabello a la derecha, al modo femenino, como habría de hacerlo más tarde Hitler. Su voz era melodiosa, tersa y varonil; vibrante, cuando se enojaba, y es fama que no le faltaron ocasiones para ello. Tenía al hablar un ligero jadeo, que se acentuaba al reír, en rictus reprimido. Como tantos humoristas y satíricos, jamás reía a mandíbula batiente. Era agradable

oirle leer, sobre todo sus propias producciones. Lo hacía recalcando, con deliberadas pausas y sinuosidades de entonación, los paréntesis en que abundaba su estilo. Recuerdo estos detalles porque había aprendido yo a remedar a algunos hombres del día y Paco era un motivo ideal para quien quisiera ejercitar esa forma de histrionismo.

No creo que fuera adicto al juego, y si alguna vez usó del churuco fue por simple sociabilidad. Era abstemio y en general de vida bastante frugal. En su adolescencia había vagado por los hondos mares, "bajo la línea de flotación", según él decía, y ello le dió mucho mundo desde joven. No faltaron en su vida intensas pasiones amorosas, pero defendió la fortaleza durante más tiempo que el corriente. Tenía siempre la obcecada aprensión de que sus años estaban contados, a causa de no sé qué real o imaginaria dolencia, que su complejión fuerte y saludable parecía desmentir. Finalmente formó un hogar y con el cambio de estado civil parecieron desvanecerse por el momento aquellos temores.

No sé a ciencia cierta cuál era la edad de Paco en 1915, por ejemplo. Pero a juzgar por su aspecto debía de tener entonces de

do sus dos verbos: "ni sé ni entiendo". Cuán fuerte había de nacer, después, su "sí sé y sí entiendo".

Al grupo de oraciones "sancho-pancescas", corresponde, en San Marcos, tres oraciones: breves, pero con inquietud expresiva. Las dos primeras [= "neque scio neque novi"] mantienen un equilibrio nervioso [= "neque... neque"] que se desborda en un relativo desconcertante [= "quid dicas"] y allá se desploma, no sólo lo expresado, mas el tejido interior de San Pedro.

III

A) "Que sé yo bien de la bondad e inocencia deste desdichado que no sabe levantar testimonios a nadie".

[Quijote, I, cap. 46]

B) "quia tu hodie in nocte hac, priusquam gallus vocen bis

dederit, ter me es negaturus".

[Evang. San Marcos, cap. 14 vers. 60]

No hay duda que el tema de la "negación" de San Pedro sirvió de base, en este capítulo, a Cervantes: quien lo invierte. Inversión que conserva el mismo entretejido que el tema evangélico. Ignoramos —y lo ignoraremos siempre— la razón que indujo a Cervantes a poner en boca de Sancho toda una cadena de justificaciones: no hay duda que una intención movía a Cervantes. Pero no ignoramos por qué usó del "motivo". Se desprende desde la primera palabra.

Veamos: la negación de Pedro justifica la profesía de Jesús: "amén dico tibi, quia tu hodie in nocte hac, priusquam gallus vocen bis dederit, ter me es negaturus". ¿Qué hubiere habido en la conciencia de Pedro, pasado el tiempo, si la profesía no se cum-

ple? Jesús advierte que estaba escrito: "quia scriptum est". Todos, sin por aparte, habían de escandalizarse de EL ["omnes eandalizabimini"]. Pedro había dicho que no "se escandalizaría" [= "sed non ego"]: antes moriría con EL. Mas, lo que estaba escrito había de cumplirse. Y se cumplió. Si la negación rebaja —en apariencia y sólo en apariencia— a Pedro, afirma a Jesús: era necesario que así fuera.

En Sancho no es posible la negación. Justificar lo escrito en nuestra Obra, consiste en lo contrario: en la afirmación. Al decir Sancho que "sí" es de la cofradía, afirma la persona, la enseñanza, la bondad, la fe que tiene en D. Quijote, y quedan llenas de sentido aquellas "sus" palabras del capítulo 46: "que sé yo [obsérvese el "yo" inicial y autoritario de D. Quijote] bien de la bondad e inocencia deste desdichado que no sabe levantar testimonios a nadie".

IV

He aquí un ejemplo de "impregnación temática invertida" —gironcillos lleva de lo formal ["et tu" = "también vos"; "de Pedro a Pedro", viejo refrán castellano, pero que aquí es llamado por el recuerdo de lo evangélico]; "invertida", pero en el fondo es idéntica.

Ha servido a Cervantes para mantener levantado el pabellón humano de su nave y alcanzar en este capítulo —rodeado de comicidad— un estado de gravedad y mesura: el tema evangélico le ha dado la llave del recurso y la fuerza de la situación. El lector que reía, ha poco, regresa a una actitud seria y admirativa para con Sancho. Sancho es algo más que lo supuesto: esta afirmación de fe quijotesca le destila humanidad, lo une a nuestro afecto y penetra en lo hondo de nuestro corazón. Cervantes lo ha conseguido en el momento más inesperado para el lector.

veintidós a veintitrés años, lo que armonizaría con la fecha de nacimiento que Sotela, en su obra "Literatura Costarricense" asigna a lo que llama la "Cuarta Generación Literaria" (1890 a 1895). Esa obra no contiene ningún otro dato biográfico acerca de Paco, que figura en ella solamente con la reproducción de algo que escribió en un álbum de la esposa del poeta.

Su capacidad asimilativa.

Tenía un poder de asimilación extraordinario. Hay derecho a suponer que había nutrido su mente con copiosas lecturas, aunque nadie lo sorprendió con un libro en las manos. Era de esos hombres que, como ese otro autodidacto, Otilio Ulate, leía, como dice Emilio Faguet, "con los dedos", y también "por procuración", pues gran parte de su vasto anecdótico literario y referencias librescas creo que los había extraído de amigos más consagrados a la lectura sistemática, a quienes "sangraba al blanco", con sólo oírlos. Estaba muy al corriente, por ejemplo, de la chismografía culta parisiense. Sabía de Verlaine, de Mallarmé, de la Colette Villy. Fue a él a quien por primera vez oí la cita de Francis Jammes —favorita de Paco— de que entre el hombre y la mujer hay apenas una pequeña diferencia, agregando, ¡viva la pequeña diferencia! De sus labios escuché también las peripecias amorosas de Georgette Le-

blanc con el poeta y dramaturgo belga Maeterlinck. Georgette era la esposa del escritor, poeta y crítico de arte, Camille Mauclair, íntimo del autor de "Pélleas et Mélisande". Habiéndose enamorado Maeterlinck locamente de Georgette, actriz y escritora de no pocos quilates, y siendo incapaz de una traición al amigo, resolvió, conjuntamente con Georgette, exponerle paladinamente la situación de aquella violenta e irreprimible pasión. Mauclair, que adoraba a su esposa, no musitó palabra; pero desde entonces se retiró de todo contacto con la *élite* intelectual de Lutecia y se fue a vivir al Mediodía, sin haber roto los lazos de entrañable amistad que lo unían a aquellos dos caprichosos amantes. No fue sino muchos años después, cuando Maeterlinck había dejado de amar a Georgette y tomado nueva compañera, con la que Georgette convivió en extraño "*ménage á trois*", que Camille reapareció en los círculos literarios. No garantizo la veracidad del relato: me atengo a la memoria de Soler o de quien se lo transmitió. Ese relato es típico de los muchos que prodigaba en el curso de su amena charla. Conocía, desde luego, las grandes figuras de la literatura española y francesa y algunas de la universal, y aun nos espetaba citas de Carlyle, vestidas en ropaje muy poco carlyleano (no me atrevo a repetir las), y aunque yo había ya en aquella época leído en su original buena parte de la producción

del sublime hipocondríaco escocés, jamás tropecé con los pasajes que citaba Soler, lo que no arguye que las citas no fueran auténticas. Es oportuno agregar que era ardiente francófilo en la guerra que desolaba entonces a Europa.

El ambiente.

Para explicar la génesis de sus aficiones literarias, hay que tomar en cuenta, ante todo, su innegable vocación natural, su inquietud literaria, su espíritu eminentemente artístico. Su entrada en el mundo de las letras, como la de casi todos los hispanoamericanos, la hizo por la vía del periodismo. Era puntual de cuantas representaciones dramáticas y operísticas se daban entonces en el Nacional y otros teatros y amigo de cuanto comiquillo o actriz de algún relieve se varaba en el país. Además —y ello reviste gran importancia— el ambiente era entonces propicio al cultivo y a la creación literarios. Había una especie de cenáculos a los que concurrían los consagrados, y alcanzó a disfrutar, en las postrimerías de Zambrana, de los paliques en que tantos periodistas y escritores afinaron el calatre. Pero en la época a que me refiero, la etapa zambraneana había visto su ocaso. Se formaban también tertulias ocasionales, frecuentadas por escritores consagrados o en ciernes. Las figuras más destacadas, con raras excepciones, no tomaban parte en esas palestras,

pero daban lustre al ambiente y lo alentaban con su estímulo, que no escatimaban. Entre los buenos conversadores, fuera de los que llevaban la batuta, como don Ricardo Fernández Guardia, don Víctor Guardia Quirós, Alejandro (don Alejandro Alvarado Quirós), don Joaquín García Monge, don Fabio Baudrit, don Ernesto Martín, don Guillermo Vargas Calvo, don Jenaro Cardona, don Ramón Zelaya, don Billo Zeledón (don Roberto Brenes Mesén estaba entonces en Washington), había otros un poco más jóvenes, como Eduardo Calsamiglia, José Fabio Garnier, Omar Dengo, Rubén Coto, Camilo Cruz Santos, José Albertazzi Avendaño, Raúl Salazar, Roberto Valladares, Rómulo Tovar, Carmen Lyra, María Teresa Obregón, Esther de Mézerville, Lilia González, Angelita Acuña, Angela Jiménez, Ana Rosa Chacón, Rogelio Sotela, Rafael Cardona, Arturo García Solano, Hernán Zamora Elizondo, Asdrúbal Villalobos, Julio Padilla, Raúl Guzmán, y, si bien con participación menos activa, porque eran todavía muy jóvenes, aunque precoces, estaban Miní Salazar (Carlos Salazar Gagini), Joaquín Vargas Coto, Julián Marchena, el Panzón (Jorge) Salazar y otros; Alejandro Aguilar Machado era, pese a su facundia, algo retraído; Octavio Jiménez, siempre muy señorío, y Vincenzi, filósofo ya y nietzscheano, formaba casa aparte. Vicente Sáenz estaba por entonces fuera del país. Había, a-

Librería Antonio Lehmann

Pida nuestras listas y folletos

en su departamento especializado ofrece

Libros de Ciencias, Artes, Novelas,
Religiosos y Música

demás, un nutrido cortejo de cateducúmenos, que buscaban la oportunidad de echar su cuarto a espadas en las conversaciones literarias, como Yayo (Eduardo) Hütt, Soldadito (Víctor Manuel Rojas), Cañitas (Víctor Manuel Cañas Frutos), el Macho (Rafael) Salas y el que estas líneas perpetra que, aunque no *preunciábamos*, como la lechuza del cuento, poníamos mucho cuidado.

Una digresión que no está de más.

Algún tiempo después de estallar la Primera Guerra Mundial, si mal no recuerdo, tuvo lugar un acontecimiento destinado a asumir gran significación en la vida intelectual de la capital. Me refiero a la fundación de una librería llamada "La Lectura Barata", barata en los precios, pero no en la importancia de las obras de cuya popularización fue instrumento. Se instaló en la esquina de la casa de doña Panchita Cañas, o sea en lo que es hoy el extremo suroeste de la Plazoleta del Club Unión, frente al viejo Correo, que estaba situado en la manzana siguiente, yendo al Sur. El edificio de correos era un caserón viejo y destartado, que tenía una especie de patio enclavado, donde los intelectuales se congregaban, no tanto con la esperanza, de hallar en el casillero otra cosa que recordatorios de cuentas, sino más bien con el deseo de encontrar alguien con quien echar la lengua a retozar. Era ése, hasta entonces, casi el único oasis, fuera del vestíbulo de la Biblioteca Nacional o los poyos del Morazán, donde la gente podía departir sobre cosas del espíritu. Ciertamente es que contiguo a "La Lectura Barata" estaba alojado el Club Internacional; pero ése era un centro de la alta burguesía, hermético y "aliterario", algo así como una ampliación en sepia de la Sastrería de Valenzuela. De modo que la intelectualidad vió el cielo abierto cuando se estableció "La Lectura Barata", pues aunque el local era pequeño, cabían algunas personas, si se turnaban, que podían conversar a sus anchas acerca de los nuevos libros que llegaban, y cambiar impresiones. La labor de popularización de buenas obras que realizó esa librería, en los limitados años de vida que tuvo, fue de lo más fecunda. Por primera vez se daba el caso de que una empresa comercial introdujera libros no con vistas al be-

neficio venal, sino tomando exclusivamente en cuenta su calidad. Allí se vendía un notabilísimo semanario español, "España", órgano, por decirlo así, de la llamada generación del 98, donde fuimos iniciados en el conocimiento de autores para muchos de nosotros desconocidos, como Shaw, Chesterton y Wells, y donde saboreamos los excelentes artículos de quien se hacía llamar con el apelativo de El Preocupado (José Ortega y Gasset), Luis de Zulueta, Pérez de Ayala, Pedro Mourlane Michelena, García Sanchiz, Luis Araquistain, Baroja, Unamuno, Benavente, Martínez Sierra, Xenius (Eugenio d'Ors), los versos de José Moreno Villa, de Fernández Ardavin, las reproducciones de las esculturas de Julio Antonio, los cuadros de Zuloaga, de Romero de Torres, de Gustavo de Maeztu, las críticas de pintura de Juan de la Encina y las geniales y agudas caricaturas de Luis Bagaría, furibundo germanófilo. Fue en "España" donde, con ocasión de la muerte de Darío, vimos reproducido entonces aquel exquisito y delicado poema de Rubén, casi desconocido entonces, que comenzaba "Yo soy aquel que ayer no más decía..." "La Lectura Barata" comenzó a distribuir las primeras entregas de la Historia Ilustrada de la Guerra Europea, de Gabriel Hanotaux, admirablemente traducida al español por Luis Ruíz Contreras, el egregio traductor de Maeterlinck, y con un conceptuosísimo prólogo de Unamuno. Comenzó a vender y a popularizar las publicaciones de las grandes editoriales españolas, incluso las de algunas un poco más modestas, como las de la Sempere (después Prometeo), con sus típicos libros en rústica y páginas amarillentas, en cuya portada aparecía, en un medallón, el retrato de cada autor, libros de gran variedad, como *Ariel*, de Rodó, con prólogo de Clarín; *"Idola Fori"*, de Carlos Arturo Torres, las obras de Schopenhauer, de Nietzsche, *"El origen de las especies"*, de Darwin, *"Los Filósofos del Siglo Diez y Nueve"*, *"Averroes y el Averroísmo"* y otras obras sueltas de Renan, aunque no la *"Vida de Jesús"*. Y no debemos olvidar que entre las obras de esa colección figuraba la de un distinguido compatriota nuestro, *"Perfume de Belleza"*, obra primigenia quizás no superada por su autor, José Fabio Garnier, que aparecía en el me-

dallón sumamente joven. También, cuando el nombre de cambió al de Prometeo, publicó esa editorial las traducciones de *La Iliada* y *La Odisea*, basadas en la "traducción" al francés de Leconte de Lisle, que dicen no sabía mucho griego y designado por algunos, "traductor de traductores". Como gran poeta que era pudo De Lisle captar muy bien el genio homérico y da la impresión de que se está leyendo el texto auténtico del ciego aeda. A esa impresión contribuyó el hecho de usar para los nombres de los héroes de la edad heroica, no el nombre latino adoptado en las traducciones tradicionales, como la italiana de *La Iliada*, de Monti, en endecasílabos, y la española de Gómez Hermosilla (Don Josef Mamerto) ni siquiera la adaptación del nombre griego, sino el mismo nombre griego, llamando Persefonea, no Proserpina, sino Persefonaia, y a Hermes, Hermēias, a Ulises, Odiseus. Aquiles siempre tuvo más o menos el nombre griego, Aquileus o Ajileus, que don Valeriano insistía en llamar Aquileo, como Aquileo Orlich. También aparecieron en esa misma colección, traducidos también "directamente" del francés, como decía Clarín que leía él el griego, las Comedias de Aristófanes y las Tragedias de Esquilo, Sófocles y Eurípides. Podían adquirirse también en la misma librería las excelentes ediciones Renacimiento, obras esmeradamente impresas, entre las que se contaban varias de Unamuno, de Azorín, Marquina, "A. M. D. G." (La vida en los Colegios de Jesuitas), de Ramón Pérez de Ayala, que ahora no puede conseguirse porque el régimen de Franco la ha prohibido. Asimismo la notable colección de clásicos castellanos de "La Lectura", que acababa de establecerse, con texto muy bien compulsado, a diferencia de las de la Biblioteca Rivadeneyra, que contenían tantos errores y descuidos que obligaron a Cuervo a desistir de completar su monumental Diccionario de Construcción y Régimen cuando descubrió que los textos en que basaba algunas de sus conclusiones eran poco dignos de confianza. Entre las obras que allí adquirí figuraba la Gramática Griega, de Don Julio Cejador y Frauca. Importó también las obras de la colección filosófica que dirigía Gustavo Le Bon. Algunas de las traducciones eran sin duda deficientes, pero suplían la falta de

los que no conocían otras lenguas modernas. No quiero dejar de mencionar las obras de la casa Enrich, que publicó "El Culto de los Héroes" de Carlyle, los "Ensayos" de Emerson, "El Siglo de los Niños", de Ellen Key y muchas otras de índole sociológica. Tampoco debe omitirse la edición Centenario de El Quijote.

Patrocinada por el mismo grupo de "La Lectura Barata", y editada por aquella extraña mezcla de comerciante, gran idealista y anarquista o sindicalista tortosano, Ricardo Falcó Mayor, se publicó una revista llamada "Renovación", de la que aparecieron pocos números y el primero de los cuales fue dedicado a conmemorar la memoria de Don Francisco Ferrer Guardia a quien se ahorcó en la Fortaleza de Montjuich, no tanto por creérsele realmente complicado en la Semana Trágica de Barcelona, sino porque Alfonso XIII quería manifestar su independencia y su valor, ante los temores de la Corona inglesa, que temía por la vida del monarca. Otro número llevaba en la portada el retrato de Carmen Jiménez, que tantas promesas hacía esperar para la intelectualidad costarricense. No recuerdo si Paco colaboró o no en esa revista, pero sé que era del mismo grupo, junto con Camilo Cruz Santos, Calsamiglia, Billo, Rubén Coto, Chabela, etc.

Pero aquel emporio de cultura era demasiado bello para ser verdad y la librería tuvo por fin que amainar, no sin haber dejado, como decimos, honda huella en la cultura. Los recursos económicos de los amantes de las bellas letras son siempre limitados, y una librería que se abstenía sistemáticamente de ofrecer las novelas de Carolina Invernizio, las Aventuras de Nick Carter, con sus espeluznantes, truculentas e inartísticas ilustraciones en colores ("Batalla entre las nubes", "El Crimen del Vagón-Cama", eran algunos de los títulos), y las de Rocambole, tenía pocas perspectivas de prosperar en nuestro medio. Y pensar que la librería pudiera recapacitar, cambiar de política y abatirse a las granjerías del vulgo era algo inconcebible, aun en el caso de peligro de muerte de la empresa, y si alguna vez las consideraciones prácticas hubieran ejercido presión, que no la hubo, para que se depusiera el estandarte del ideal, allí estaba un ínclito cancerbero, una dependiente modesta pero firme, con la

EL PERIODISTA

un ínclito canchero, sus dependiente modesta, pero firme, con la que no valían palabras blandas: Carmen Lyra. Recuerdo que habiendo llegado yo un día a comprar el "Asno de Oro" de Apuleyo, al que le tenía echado el ojo, entró de improviso en la librería una apuesta joven, con todo el aspecto de impenitente y romántica lectora, y le preguntó a Chabela (Carmen Lyra) si tenía allí "La Reina del Mercado" de Carlota Bramé (Braeme; su pronunciación correcta es bréim), la prolifera e inagotable inglesa en cuyas novelas las heroínas perdían la honra antes de las diez primeras páginas. Había que ver la cara de angustia de Chabela, tratando de disuadir a la cliente de que prosiguiera en la búsqueda. Le explicó que Carlota Mónica era una novelista de mal gusto y que no esperaban tener las obras de esa autora ni las de la divina Carolina, como tampoco "El Mártir del Gólgota", de Pérez Escrich ni "La Pastora del Guadiela", ni siquiera "Genoveva de Brabante". Podría jurar que la joven lectora salió disparada a buscar la novela de Carlota en alguna otra librería más "comprensiva".

Entre los libros enumerados merece especial mención "El Siglo de los Niños", de la eminente feminista y educadora sueca, Ellen Key, que puede leerse todavía con provecho y que merece volverse a leer en la seguridad de encontrar nueva inspiración en ella, a pesar de que muchas de las ideas que lanzó no parecerían tal vez ahora novedosas, precisamente por haberse incorporado en buena medida en las orientaciones directrices de la educación moderna y en formar parte del acervo del mundo civilizado. Ese libro ejerció gran influencia en la ideología de Omar Dengo y de otros distinguidos elementos de la despectivamente apellidada entonces "argolla pedagógica", y, a través de esos educadores, en la cultura del país, por lo menos en la de aquel tiempo.

Tal era, pues, el panorama espiritual de la élite de aquel tiempo, lleno de gran hervor, de inquietudes contagiosas, que privaba en la época en que Soler inició su carrera literaria. Esa tonalidad permeaba todo el ambiente del pequeño mundo intelectual al que despertamos los jóvenes de entonces concomitantemente con la tragedia de la primera guerra europea.

Las necesidades de la vida y el hecho de no tener profesión determinada, aunque, como veremos luego, quiso una vez endilgarse por la abogacía, unido a la circunstancia de carecer de patrimonio y su inclinación a la política, o más bien el deseo de contarse siempre entre la oposición nacido de sus tendencias no conformistas, hicieron que Paco tuviera que aprender a escribir en "nosotros", es decir, que tuvo que practicar el periodismo. Era un hombre de combate, lo que en aquella época significaba hacerles el caldo gordo a los políticos que, una vez alcanzado su objetivo, se olvidaban fácilmente de los que les habían metido el hombro. Las deudas políticas había que recordárselas a los caciques y Soler no tenía el temperamento para esa clase de mementos. Tan brillante y agudo llegó a ser como periodista que durante muchos meses sostuvo casi el interés del lector popular con una colaboración diaria en *La Prensa Libre* que titulada "La Nota Rápida" y con otra que apareció en *La República* con el nombre de "La Racha". Todos aguardábamos como pan caliente el grito de los pregoneros para ver qué nuevas salidas y agudezas nos tenía reservadas para ese día. Más tarde fundó algún semanario humorístico que también fue muy bien acogido. Allí su fisga comenzó a ser inclemente aun con sus amigos, algunos de los cuales no podían menos que resentirse. Era muy buen amigo y admirador de Omar, pero cada vez que llegaban noticias de Heredia de algún desborde sentimental entre las normalistas, Paco no dejaba de echarles alguna "chinita". El fue quien dió a conocer la especie, probablemente inventada por compañeras o compañeros de una joven que meditaba en que a su edad Alejandro había conquistado ya el mundo y ella no había hecho cosa que de contar fuese. Hasta entonces el aspecto puramente literario de su labor o estaba latente o sus producciones pasaban por la etapa de lo inédito. Fue, pues, motivo de asombro, para los mismos que estábamos de continuo en su compañía, la aparición en letra de molde, un buen día, de "El Resplandor del Ocaso", cuento dramático o drama novelado, de factura más o menos europea. La obrita causó gran revuelo en el cotarro litera-

rio, pues era nuncio de grandes acontecimientos artísticos para el porvenir. El estilo era suelto y armónico y el cuento tenía todos los elementos de suspensión y desenlace apropiado de las composiciones de ese género. Después publicó algunos otros cuentos que andan desperdigados en las páginas de los periódicos y que alguien debiera encargarse de recoger y hacer imprimir.

Es natural hacer conjeturas de lo que habría sido Soler como escritor si hubiera vivido el promedio de años que las estadísticas de seguros le señalaban. Se me ocurre pensar que su vena estaba en el cuento corto y chispeante, a la manera de Maupassant, y también cabe suponer que hubiera acometido también la composición de novelas de gran aliento. Claro está que las dificultades que en esto último hubiera encontrado habrían resultado casi insuperables. En primer lugar, la novela no tiene en nuestro medio y acaso en la América Española el arraigo y la tradición que permite, imitando aquí y corrigiendo y rectificando allá ciertos métodos de tratamiento, realizar la continuidad de este género, que es algo necesario, independientemente del tema. No creo que hubiera seguido la corriente regionalista, pin-

tando al campesino, cuyo lenguaje se le antojaba tosco y antiestético. Habría pintado o la clase social que mejor conocía y dentro de la que vivía, o la clase media, donde indudablemente se sentía más *at home*. Pero la alta sociedad, en la que pueden ocurrir dramas interesantes, como en cualquiera otra esfera social, tiene el inconveniente, desde el punto de vista del novelista, de ser profundamente ramplona, y en la clase media, que es lo mejor que tenemos, no se ha alcanzado la debida estabilidad que permita utilizarla como punto de partida para la invención novelesca. La clase media está en perpetuo devenir, y si bien una buena parte de los elementos que la constituyen están contentos de su condición y no les preocupa el permanecer estables, muchos de ellos están esperando la oportunidad, mediante la adopción de una carrera como la Medicina (la abogacía está ya muy depreciada como peldaño de arribistas), que les sirva de trampolín para realizar un buen matrimonio y de ese modo ascender súbita y seguramente por la escala social y cambiar de nivel. Es claro que todo este tejemaneje, cómico a veces, a veces trágico, ofrece material para el novelista de ojo avizor. Pero ¿qué hacer con el lenguaje en un país donde los esposos se tratan de

THOMPSON & CIA. LTDA.

OFRECE EQUIPOS DE LA MEJOR CALIDAD:

- ✓ Maquinaria de Carpintería **DURO**
- ✓ Soldadoras de Arco **HOBART**
- ✓ Herramientas Eléctricas **SKIL**
- ✓ Bombas de Agua **DURO**
- ✓ Compresores de Aire **BRUNNER**
- ✓ Sierra de Cinta **DOALL**
- ✓ Poleas y Muñoneras de todo tamaño

Pregunte a quien tenga una
máquina vendida por nosotros

Teléfonos: 2013 - 6187

usted y en que todos, linajudos e hijos de vecino, se "vosean"? El tratar de introducir el tú en esos casos sería cosa hueca y peor aún si, tratándose de una dama encopetada, hablando con sus admiradores, les llamara de "vosotros". Esos problemas casi no existen para los novelistas peninsulares; los estratos sociales están más estereotipados. Por otra parte, en un medio tan estrecho como el nuestro en que todo el mundo se conoce y se sabe la vida y misterio de todo el mundo, el novelista se encuentra muy restringido en la elección del enredo novelesco y en la invención de los caracteres, y se ve obligado a buscar episodios o a idear personajes absurdos y extraños al medio, a fin de despistar y evitar que el malicioso lector reconozca en los personajes de la novela a Zutanita y a Menganito y a sus parientes, Don Fulano y Don Perencejo y acuse al autor de venganzas ruines o por lo menos de infidencia o poca discreción. Al huírse de éstos escollos puede caerse fácilmente en el peligro de la completa irrealidad de los entes fictos.

UN PRESUNTO ABOGADO QUE SE MALOGRÓ EN AGRAZ

Ignoro cuáles fueron realmente los antecedentes escolares o académicos de Paco. No era bachiller de Costa Rica. Me parece que obtuvo el bachillerato, como Albertazzi, en algún otro país centroamericano, si efectivamente lo optó, quizás de un "cornetazo", lo que no es para sonrojarse. Ha habido casos similares de abogados en el país que obtuvieron así su grado, y yo mismo no vacilaría en que se me regalara ese honor, para poder anteponer el "Lic." a mi nombre. Después de todo, ¿no soy "subteniente" por decreto de Don Chico Aguilar Barquero, como premio a mi valor —verdadero militar "de carrera"— al haberme "levitado" a través de una ventana, saliendo disparado un día en que la policía, en la época de Don Juan Bautista Quirós, disolvió una reunión política en la Plaza de las Arcadas, sin saber manejar otro sable que el del "prestáme medio"? Lo cierto es que un día Paco se apareció, dispuesto a emprender una carrera, en la Escuela de Derecho, por la que tantos han pasado con el deseo, pareciera, de tener el placer de ahorcar luego los hábi-

tos. ¿Cómo imaginarse haciendo un escrito de demanda a Julián Marchena, que también estudió Derecho algunos años, sin graduarse? El "infrascrito", para hablar en lenguaje leguleyesco, hizo también cinco años de presencia (el Secretario de entonces decía que "de ausencia"), en los pasillos y corredores, calentando apenas el asiento mientras pasaban lista, para volver a salir. Tampoco estoy seguro de que Paco se matriculara en toda forma. No le interesaba la Jurisprudencia ni creo que hubiera aprendido nada en ese plantel. Me parece que más bien asistía "por compañerismo" o por lo céntrico que estaba situada la Escuela, en la antigua casa de Don Fabián Esquivel, que quedaba, por una de esas coincidencias providenciales, a pocos pasos de una de las importantes instituciones con que cuenta el país, el Monte Nacional de Piedad, donde muchas veces fuimos a depositar prendas propias u obtenidas en préstamo. Eso nos permitió formarnos un concepto más cabal, del que pudieran enseñarnos los libros, de lo que es un contrato pignoraticio. Paco era, *pignoraticamente* hablando, muy escrupuloso y siempre que empeñaba (él mismo se ufanaba de ser un hombre *empeñoso*) algún objeto de valor que se deparaba en casa de Carmen Lyra, con conocimiento de ella o sin él, no dejaba de enviarle la papeleta con religiosa puntualidad. Carmen Lyra, que lo quiso entrañablemente, celebraba como otras tantas genialidades, estas muchachadas de Paco. Paco hacía esto por travesura, aunque siempre quedaba la duda de si, como ocurre con los cómicos en aquellas escenas donde hay alguna mención, en la que comen "de verdad", lo hacía acaso por necesidad. Todos simpatizaban mucho en la Escuela de Derecho con el más reciente recluta en los ejercicios de la Justicia (Justicia *precepta sunt haec* entonces el profesor de Derecho Civil, con voz carvernos y magistral). El único profesor con que estuvo a veces de punta, fue con el Dr. Don Alejandro Rivas Vázquez, jurista venezolano, que tenía a su cargo la cátedra de Derecho Romano.

UNA FAMILIA ROMANA QUE PACO DESCONOCÍA

Rivas nos saludaba indefectiblemente diciendo "Buen Día", en vez del consuetudinario plural, y

esto ponía a Paco como agua para chocolate. Piel a sus principios, Paco llegaba siempre tarde a las clases de Rivas, que no perdía ocasión de hacer observaciones capciosas respecto del poco interés del poeta —por tal reputaba a Soler— por la Ciencia. Paco fue increíblemente sufrido y paciente, para un hombre de su temperamento altivo, y usó de gran templanza. Pero una vez se produjo el choque inevitable. Rivas, viendo a Paco desatento, ocupado en emborronar cuartillas, sin preocuparse del Palimpsesto de Gayo ni de las Novelas de Justiniano (a quien creía muy mal *novelista*), le dirigió inesperadamente una pregunta sobre el tema; *familiae erciscundae*, que a lo que pudimos colegir era una acción para la división de herencias. Paco fingió socorronamente entender que le preguntaba por la familia "Erciscunde", y le contestó que estaba un poco herrumbado en achaques de genealogía romana. El profesor, de aspecto amenazante aun en los momentos más apacibles, por su copete a la francesa, se arriscó más los poblados y encerados mostachos kaiserescos y montó súbitamente en cólera. La tempestad estaba a punto de desatarse y nadie podía predecir sus consecuencias. Pero tras un rato de angustiosa suspensión, el profesor recapacitó y con patética solicitud procedió a explicarle el misterio, no sólo de la referida acción, sino también, por añadidura, de la de *communi dividundo* y *finium regundorum*. Paco le mostró su profundo agradecimiento por la deferencia que le hacía de proporcionarle información y el incidente no pasó a más. Desde entonces el togado fue más tolerante con la literatura y una *Pax Romana* reinó en el agosto recinto.

Allí, sobre los pupitres de la antigua escuela escribió Paco algunos de sus mejores cuentos. Todavía vibran en mis oídos aquellos sonoros períodos que comenzaban: "El hermano Pedro de Bentancourt, apagada la candileja"

EL SATIRICO

Paco era, sobre todo, un aménisimo conversador y fue como tal que ejerció la parte más importante de su apostolado, como émulo de Voltaire y de Quevedo. Desgraciadamente las palabras, en una época en que no había radio ni grabador de cinta magnética, se las llevaba el viento

y mucho me temo que ese aspecto de las actividades de su ingenio quedara perdido para siempre. Paco era volteriano, candente y asolador en sus acometidas. Aborrecía la simulación, pero estaba listo a reconocer los valores auténticos donde los encontrara. Su crítica no siempre era destructiva y proporcionaba muchas veces orientación y, en todo caso, estímulo. Contra lo que creían algunos de sus detractores, jamás fue hombre enconado ni emponzoñado. Bilioso, tal vez, y de carácter violento, no cabe duda; pero no malévol ni rencoroso. Era maestro en el arte del vituperio, cuando creía que era menester usar de esa arma, especialmente en las luchas políticas, y no reconocía superiores sino a los grandes exponentes del arte, Montalvo y Blanco Fombona. Era, sin embargo, profundamente generoso, de buen corazón, de esos hombres que se quitan la camisa —y no metafóricamente— para ayudar a otro. Puedo decirlo por propia experiencia. Los prohombres de Centro América, ampulosos y solemnes, no obstante su preclara inteligencia, no conciben el sano humor ni el *esprit*, que lo atribuyen o a malos hígados o a móviles ulteriores mezuquinos. Así se explica que en un pique que tuvo con el Dr. D. Manuel Diéguez, el distinguido publicista y jurista guatemalteco, éste, un día lo motejara de "clown". Este epíteto injusto lastimó a Paco en lo hondo, lo que no obstó para que cuando el Dr. Diéguez estaba en el lecho de muerte, Paco le escribiera la más cumplida, sentida y afectuosa carta, en la que protestaba su respeto, estima y admiración al viejo luchador.

Su talante habría sido más tranquilo y apacible si las angustias económicas no lo hubieran acosado con inexorable terquedad. Bondadoso y todo, Paco era de los que no vacilaban en sacrificar un amigo a un chiste. Si la infidencia hubiera hecho públicas algunas de sus salidas, se habría captado la enemistad de más personas. Tenía una su clasificación de los locos distinguidos de San José, que era muy graciosa, y entre lo más interesante de ella estaba la subdivisión de lo que llamaba los "locos ceremoniosos". Como muchos de los miembros de esa subdivisión han sobrevivido a Paco, no seré yo quien divulgue sus nombres.

Roberto Valladares

...Por Gonzalo Chacón Trejos.

Cuando un pequeño grupo de amigos, entre los que estaba Omar Dengo, fuimos a enterrar a Roberto Valladares un día en que llovía y a ratos lucía el sol como una sonrisa entre lágrimas, convenimos en que el poeta que perdíamos para siempre fue un gran espiritualista, una rara mezcla de soñador iluso y de hombre de acción.

Roberto Valladares fue tipógrafo como su padre, y frente al chibalete, dándole al compoñador, descubrió, en un gran deslumbramiento, lo que debía llenar su vida de visiones y ensueños; descubrió la Poesía y ya no quiso ser otra cosa que poeta. Estudió a los clásicos, amó hasta el delirio a los románticos, a los satánicos, se sumergió en los abismos ideales, vagó estremecido junto a Elvira al borde del lago encantado y paró en bohemio total salvo el ajeno y los alcoholes. Usó corbata desmayada de amplios pliegues, llevó abundantísima melena, palideció y enflaqueció devorado por el sacro fuego interior de conformidad con las puras tradiciones de la bohemia artística. Era muy pobre pero él

jamás tomó en cuenta su pobreza porque vivió en un mundo ideal en el que la realidad debía ser ignorada; el poeta romántico, el artista exquisito, debía vivir únicamente por el ensueño y la fantasía.

Nació Valladares en marzo de 1883 y murió, a los treinta y siete años, trágicamente, el 27 de agosto de 1920. Estaba su hermano Ricardo limpiando un revólver cuando se escapó un tiro que pasó delgado tabique de madera e hirió mortalmente a Roberto. Ricardo, enloquecido de dolor, se expatrió y murió poco después en México, por lanzarse de un alto trapecio en el circo donde trabajaba de anunciador.

En 1908 publicó Valladares el tomito de versos "Flauta Ingenua" que inicia así: "Ofrenda. A las almas de ensueño que sean gemelas de la mía, dolorosa y pensativa. A los que escuchan la oculta armonía del ruiseñor en las florestas interiores y rieguen, a través del exilio, el oro de su meditación. Hasta el alma de los que no saben del Metal ni del Tiempo".

En el prólogo, escrito por un a-

migo poeta, se lee: "Por las hojas de este libro vaga una tierna melancolía que hace pensar en los crepúsculos murientes y en las soledades del camino. Es un manojito de versos, incorrectos casi todos porque pasan por encima de los preceptos gramaticales, triturando la métrica y faltando a las reglas de la retórica; pero, en cambio, exquisitos por las ideas que encierran. A las veinte años no puede presentarse un poeta en todas sus grandes manifestaciones". Para no desmentir esas palabras del prólogo comienza Roberto su libro con estos versos:

*"Escucharás aquí:
Los sonidos de mi flauta,
mi dolor, mis alegrías,
a quien no esclavizan, pauta
estrecha, ni reglas frías.
Sencilla, ingenuamente,
sin ansiar laurel ni palma,
doy mi verso... solamente
anhelo almas para mi alma.
Que es frágil, que es enfermo
y que revela un interno
mal? Tenaz melancolía
le dió vida, agena forma
no buscó y ninguna norma
Le impuso su tiranía".*

Valladares se revela contra las normas y a su manera quiere ser diferente, singularizarse por la novedad y el atrevimiento. Hoy, más que ayer, nos agrada porque tiene el encanto de las rebeldías juveniles y las ingenuas esperanzas del joven que desea romper, con afán de novedad, los viejos moldes; él también quiere ser innovador como si la obra potente y alada de Darío lo animara. Entusiasmado nos contaba Roberto de sus viajes por lejanos países, aunque en realidad no pasó de León de Nicaragua cuya catedral colonial le inspiró hermosos versos que terminan así:

*"Y fingió en los viajes sitiales
enjutos rostros españoles,
pechos cubiertos de armaduras,
brillantes y áureas como soles.
Soñó con altas dignidades
de la nobleza provincial
y escuchó al viejo pontífice
melopeando antiguo ritual.
Todo lo que soñé en tus ámbitos,
vetusta y grave Catedral,
fue de corte antiguo y severo.
y fue noble y fue señorial".*

Como prueba de la delicada sensibilidad de Valladares para la música copio estos versos de "Cabe el Ara de Liszt" que dedicó "A una artista" después de oír quizá Sueño de Amor:

*"Qué tristeza tan honda evocó tu
[romanza
en la paz extenuante de mi alma
[intranquila.
Florecieron recuerdos de muerte
[esperanza
al oírlo... Mi expresión a decirte
[no alcanza
lo que vió aquella tarde en tu
[vaga pupila".*

Para deleite del lector copio lo

Entre las víctimas de sus ingeniosas ocurrencias se contaban muchas de las personas que él más apreciaba. Sé que tenía gran afecto por Fabio Garnier (Don José Fabio) y se confesaba deudor, en no poco de su cultura, a ese admirable libro de José Fabio, "Perfume de Belleza", deuda que compartimos muchos de los cachorros de intelectuales de la época. Sin embargo, cuando Garnier publicó un opúsculo titulado "La Vida Inútil", Paco no resistió la tentación de hacer una frase y preconizar sin haber siquiera leído la obra, que era una autobiografía.

Tenía también gran afecto por

don Joaquín García Monge, a quien llamaba siempre el Maestro y no por simple cortesía ni con reticencias. Cuando Don Joaquín publicó una serie de cuentos de mucha miga, pero enjutos de carnes, que reflejaban la filosofía socarrona de nuestro pueblo con admirable acierto, en estilo tan lacónico que los lacedemonios resultaban en comparación bizantinos; ayuno de toda clase de epítetos y adjetivos, estilo que el mismo Soler saboreaba con deleite, la reacción fue inevitable. Le provocaron los cuentos el deseo de hacer, no una parodia, sino una caricatura verbal bufa, como Eduardo Zamacois hacía en for-

ma parecida respecto del estilo, lleno de constantes preguntas, del gran Azorín. No creo que Don Joaquín se hubiera dado cuenta de este inocente esparcimiento del vagabundo de Soler; estoy seguro de que Don Joaquín habría sido el primero en celebrar la broma, como celebra siempre las caricaturas al lápiz que hacen de él los dibujantes o las alusiones a sus famosas tijeras de seleccionador ecléctico. En esos días, pues, y durante algún tiempo, Paco se dedicó a componer "cuentos de García Monge." Eran muchos los que había fabricado en esa vena, de los cuales el único que recuerdo decía más o menos así:

¡Tan, tan!
(Desde adentro):
—¿Quién toca la puerta?
—Yo. (Abrese la puerta).
—¿Qué quiere?
—Pues que si compra chayotes.
—No. (Ciérrase la puerta).
—Ah, güeno. (Vase).

Cuando algún tiempo después de su partida a París, como desterrado voluntario, a raíz de la caída de los Tinoco, supe, con profundo dolor, que Paco había muerto sin que conociéramos los antecedentes de su enfermedad, me pregunté si, después de todo, la aprensión que le obcecaba respecto de su cercano fin no estaba realmente justificada.

Aquileo y la Rubiales

Tradición picaresca por
G. CH. T.

Por tradición se conocen varias anécdotas picarescas de nuestro excelso poeta Aquileo J. Echeverría las cuales nadie se ha atrevido a escribir y mucho menos a publicar. El ingenio y la gracia campean en esas anécdotas, algunas bastante subidas de color; ésta que trato de salvar del olvido, revela el donaire saleroso de nuestro ingeniosísimo poeta.

A fines del siglo pasado era la fiesta del Cristo de Esquipulas, en la cercana villa de Alajuelita, muy concurrida por los devotos del milagroso Cristo Negro, contándose entre las más fervorosas penitentes muchas mujeres de vida licenciosa que le atribuían al Cristo Negro el poder de librarlas de contagios y de proporcionarles clientes ricos y dadivosos. El 15 de enero era la gran ro-

mería hacia Alajuelita con interminable fila de carretas de bueyes con toldos de lona y mucha gente a caballo y a pie. Había en la plaza de Alajuelita ventas improvisadas de comidas y bebidas; abundaban allí la chicha brava, el espumoso chinchibí (ginger beer) los tamales y gallos (hoy tacos) de todas las clases; las cantinas hormigueaban de gente; por todas partes menudeaban bo-

chiches, broncas y peloterías que jamás turbaron la quietud de la iglesia rebosante de fieles. Uno de esos 15 de enero del año noventa y tantos llegó nuestro poeta con algunos amigos parranderos con el objeto de pasar un día alegre y divertido. Era en la época cuando Aquileo, joven, soltero, lleno de salud e ilusiones, escribió aquella su vibrante anacreónica:

*"¡Oh, jóvenes, alcemos
alegres nuestras copas!
¡A ti va nuestro brindis,
oh Venus voluptuosa,
que alegras los festines,
los amantes acoplas
y las danzas incógnitas
de las bacantes locas!"*

Vivía en San José una mujer de la vida alegre, *cocotte* de gran tono, muy esbelta, muy rubia y muy bella que conservaba, a pesar de su vida nocturna y viciosa,

que escribió nuestro inspirado poeta Rogelio Sotela en la revista "Atenea" del 15 de setiembre de 1920 en su necrología de Roberto Valladares: "Temperamento exquisito, nervioso, hiperestésico, fue él quien en Costa Rica supo y pudo vivir una bohemia sincera y admirable. Recluido, apartado en la soledad de su romanticismo idealista, casi esquivó por muchos años la amistad de los hombres. Su vida fue su mejor poema: extraña, compleja, llena de inquietudes y de anhelos imposibles y sin embargo sencilla, para él que era un iluso. Después su mismo quijotismo lo hizo formar un hogar y allí comenzó a juntar su visión imposible con la vida. De aquí arranca su segunda época y comienza a transformarse el bohemio incorregible en hombre de acción. Preocupado por las cuestiones obreras había dado todo su corazón a la empresa redentora de las clases trabajadoras. Fundó la Federación Gráfica Costarricense y echó los cimientos de esa otra gran obra que ha de evolucionar en los destinos de la nación: la Universidad Obrera. Es entonces cuando aparece el signo inflexible de la muerte que lleva al soñador idealista que comenzaba a vivir en serio, que comenzaba a ejercitar su talento y su corazón en bien de los hombres".

datos subsistió y prosperó la Federación de Tipógrafos; eran éstos entonces uno de los gremios más pobres y peor pagados con la terrible agravante de que a menudo el tipógrafo perdía la salud debido a envenenamiento por el plomo; el terrible saturnismo, para el que no había remedio eficaz era una factor más para la miseria y desgracia del tipógrafo que carecía de la protección de las leyes sociales y de trabajo hoy vigentes. El poeta soñador, emprendió con brío la tarea de mejorar la triste condición de los trabajadores convirtiéndose en su defensor y desinteresado paladín. Ya en ese tiempo tenía hogar propio, una abnegada compañera que se llamó Carmen Bonilla que le dió dos hijitas y la obligación, bien prosaica para un poeta bohemio, de llevar el pan al hogar. Fue entonces, como dice el señor Sotela, que el bohemio incorregible se convirtió en hombre de acción. Cuando comenzaba para Roberto la época atribulada de obligaciones imposterables llegó, solapada y rápida pero también piadosa y clemente para el pobre poeta, la muerte liberadora.

Dejemos esta visión trágica y volvamos los recuerdos al joven vehemente que nos dejara tan viva memoria. Me parece ver aún su cara huesuda e imberbe, los ojos claros como anegados en visiones encantadas, la abundante melena color castaño oscuro, la

boca grande con rictus de bondadosa tristeza. Vivió en un ensueño, ajeno a sus pobreza y miserias; bebía en copa de oro el embriagante licor de la ilusión, era amado por Laura y por Julieta y por Lucía, habitaba señorial castillo o palacio en el país de las quimeras. De esa época son estos versos suyos:

*"EN MI REINO INTERIOR.
Porque acaricié una tarde a un
[falderillo
cuyos ojos, por el hambre, eran
[sin brillo,
revelantes de una pena honda y
[remota
entre burlas se dijeron: es idiota.
Y me miran con temor y con
[recelo
si contemplo con unción el cielo.
Y las gentes me juzgaron vaga-
[bundo
porque arrastro mi tristeza de
[errabundo
En vano... Yo vivo en un Reino
[Interior
cual viviera encastillado un gran
[señor..."*

Con Roberto Valladares se extinguió en Costa Rica el pintoresco tipo, muy corriente en estos países a principios de este siglo, del romántico poeta bohemio pálido y melencólico, tipo del que fue figura cimera Rafael Angel Troyo, que murió trágicamente en 1910 en el terremoto de Cartago. Troyo fue muy rico, pues heredó cuantiosa fortuna la que

vino muy a menos en sus manos debido a generosidad excesiva como lo confirma la tradición que dice que un día de gran fiesta poética en su opulenta mansión de Cartago, llamó a la puerta un harapiento mendigo al que el poeta, con arranque dadivoso de caridad lírica, ofreció primero, en fino cristal, una copa de champaña y, luego, reluciente moneda de oro. Por contraste, estoy seguro de que la pobreza nunca hizo a Valladares sentirse desgraciado y miserable; no, pues por la imaginación vivió en su mundo imaginado, fantástico, espléndido y magnífico. Recuerdo muy bien, cuando nos leía sus versos, su cara de iluminado en el arrobamiento del éxtasis, todo delicadeza y sentimiento, absorto en la poesía que fue el luminoso ideal de su pobre vida. Se diría el Espíritu inmortal triunfando de la Materia efímera. Yo no sé si proclamarlo el más feliz, el más dichoso, a ese quijote visionario que en su breve vida tomó para sí la parte del ensueño. Ni la necesidad ni la pobreza lo atormentaron jamás porque ni las sentía ni las veía. Hizo del corto sueño de la vida un hermoso sueño y se consoló de sus tristezas tañendo armoniosamente su lira; la muerte, compasiva, lo libró a tiempo de realidades torpes, odiosas y groseras que hubieran empañado y oscurecido sus visiones radiantes y encantadoras.

cutis de colegiala y lindos ojos de mirar inocente y cándido. Aquileo estuvo prendado de ella y la cortejó con apasionado ardor sin lograr interesarla; la Rubiales esquivó al poeta pobre y muy claramente le hizo comprender que nada quería con quien sólo podía corresponder a sus favores con versos sin valor negociable y que ella escogía sus amigos entre los diplomáticos, presidentes, ministros y millonarios. Gastaba la Rubiales un dineral en embellecer su hermosura con sedas, plumas, adornos y joyas que bien merecían —según ella— que un poeta pobre los cantara, gratis, en sonoro verso y canora estrofa, pe-

ro nada más. ¡Pobre poeta! Alguna vez se lamentó diciendo:

—Es muy linda y sus curvilíneos encantos que veo, y más aún los que no veo, me tienen turulato; como no me hagan ministro, o por arte de birlibirloque me convierta en millonario, nunca probaré tan apetitosa golosina. Orgullosa e interesada me rechazó con desprecio y comienzo a odiarla...

Estaban Aquileo y sus amigos en la plaza de Alajuelita, frente a la iglesia, cuando en una esquina, entre nubes de polvo, apareció el hermoso coche, caro y elegante, del Güecho Valverde, que se detuvo frente al grupo

donde estaba Aquileo. Dentro del coche, muy perfumada, muy emperifollada, venía la Rubiales acompañada de una amiga. Al verlas, dio unos pasos Aquileo, se encaró con el cochero y le preguntó con sorna:

—Hola, Güecho, dime, por favor ¿a cómo la hora computas?

—¿Con putas dijo el cuartero? ¡más puta será su abuela, desgraciado! — le gritó, furiosa, la Rubiales.

Aquileo, sin inmutarse, dirigiéndose al cochero, a los amigos que sonreían, a los curiosos que se acercaban oliendo bronca y a las ocupantes del carruaje, dijo con socarronería y retintín:

—Señores, amigos, yo he preguntado al Güecho por la tarifa del coche... el precio por hora...! no veo por qué tan ofendida se...reputa... la... señorita...

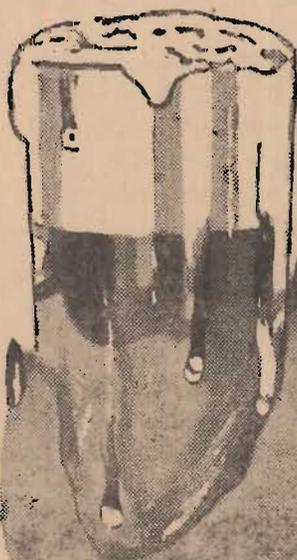
Al oír esto, la Rubiales se lanzó, amenazadora, fuera del coche, la rica sombrilla en alto, sobre Aquileo el cual, prudentemente, puso pies en polvorosa.

Poco después celebraban los amigos la picaresca donsurra del poeta con sendos "mistaos" de a peseta, grandes risas y regocijada algazara. Así con su chispa y gracejo incomparables, Aquileo J. Echeverría se sacó el clavo de la Rubiales.



PILSEN

SABROSA ES POCO!



Para su optimismo... para su placer disfrute de PILSEN la cerveza delicada de sabor inconfundible que demuestra la exactitud y el balance de fabricación.-

Disfrute Ud. también de ratos inolvidables de placer, placer de saborear, placer de tomar PILSEN... la cerveza que alegra dos veces.-



Abelardo Bonilla y "el valle nublado"

por H. Alfredo Castro Fernández

Cualquier obra lanzada al público produce una conmoción espiritual, fuerte o débil, y es la calidad de esa conmoción y las causas que la produjeron las que, al fin y al cabo, deben interesar al crítico. "El Valle Nublado", por el alcance de sus temas y la elevación de sus pensamientos, penetrará hondamente en el público culto de Costa Rica y fundamos la esperanza de que, al reconocer lo frágil, lo superficial y lo caótico de nuestra actual civilización, provocará saludables reacciones: las de consolidar nuestras instituciones y fortalecer nuestras más sanas tradiciones.

Al finalizar esta obra, debemos detenemos y meditar. Debemos confrontar nuestra propia experiencia y nuestras propias observaciones con las del autor; fortalecer nuestro pensamiento para seguirle en su sutil y, a veces, abstracto raciocinio. La actitud de crítica y no de abandono, como ocurre con la novela de enredo o de exaltación sentimental, nos demuestra que hay en "El Valle Nublado" elementos de otra índole y de más trascendencia que en la novela corriente. Entre ellos anotaremos: objetividad, realidad, exactitud, en cuanto a la observación del mundo exterior, y cerebralidad en cuanto a la expresión y conocimiento. Dos elementos, objetividad y cerebralidad, son los que predominan y le dan a la obra su originalidad. Señalamos este caso excepcional en las letras de una novela puramente cerebral: en ella toda manifestación de sensibilidad fue, sin piedad, borrada, por la voluntad del autor; es también de notar un deseo muy marcado: el de no

hacer ninguna concesión al gusto del lector ni valerse de artificios o efectos sentimentales para captar su asentimiento, lo que, a veces, le da a la obra una nota de frialdad.

Esa actitud espiritual de Abelardo Bonilla es el resultado de definidas disciplinas intelectuales adoptadas por él y conforme a su temperamento. A ellas se ha sometido con rigidez: de ahí su tendencia a la impersonalidad y a la abstracción. Su semblante sereno, reflexivo, impasible; sus gestos medidos, sus largos silencios y sus palabras llanas infundirían error a quien no lo conociera en la intimidad de la conversación; se le tacharía de distante e insensible. Mas todos recordamos sus entusiasmos súbitos y el cambio instantáneo de sus facciones que se iluminan de alegría cuando un tema le llama la atención: su elocución es rápida, elocuenta. Este escritor, parco en sus palabras, puede conversar durante horas, ameno y sugestivo, sobre cualquier tema literario, político o estético, revelándose toda su alma sensible e imaginativa, que él comprime despiadadamente. Cuando escribe predomina en él la razón, la lógica, lo concreto: todos sus sentimientos quedan controlados y ordenados. Y si, en el calor de la inspiración, se le escapan algunas manifestaciones emotivas que, sin duda alguna, le darían más vida a su relato, las suprime, sacrificando la belleza a la claridad. Es en vano que apague su estilo: esto mismo revela su secreto. "El escritor de estilo abstracto, dice Remy de Gourmont, es casi siempre un sentimental, por lo menos un emotivo". Sólo un alma sensible, casi

de poeta, podría sentir y analizar las obras musicales de César Frank y de Ravel como él lo hizo en su capítulo: Silencio.

Nos permitimos anotar algunas características de la personalidad de Abelardo Bonilla con la confianza de que él nos perdonará ese atrevimiento o indiscreción en favor de una comprensión más amplia de su obra. Estudiada desde ese punto de vista, dará luz a los propósitos y fines del Valle Nublado. En efecto, Abelardo Bonilla proyecta su personalidad en el principal, por no decir el único personaje de la obra: Fernando González. Todo gira alrededor de él, todo lo vemos a través de su pensamiento. Lo estilizó en extremo y pareciera que lo concibió como el hombre ideal según sus concepciones más arraigadas. Fernando González pierde casi su forma corporal para convertirse en un sólo órgano, delicado en su mecanismo, poderoso en su comprensión, implacable, en sus conclusiones: el cerebro. Nada del hombre de carne y hueso con sus pasiones, sus entusiasmos y sus decaimientos, con todo lo misterioso e inexplicable del alma humana. Fernando es un analizador, especialmente de su mundo interior, un realista en la visión de las cosas, un razonador exacto cuando ha escogido los elementos esenciales para sus especulaciones intelectuales; en fin, un espíritu cartesiano con toda la rigidez del método para descubrir la verdad. En resumen: se deleita en las ideas generales pero se aferra a cosas concretas. Conociendo esas disposiciones fundamentales de Fernando, entremos de lleno en la novela.

"El Valle Nublado" se presenta

como el relato de un viajero que llega a nuestras playas, mas no del simple viajero que en notas rápidas nos da sus impresiones y se marcha. Fernando nació aquí, aquí pasó su niñez y su juventud: conoce nuestro ambiente. Fue a Europa y allá permaneció varios años. Estudió en las Universidades y viajó para asimilarse esas viejas civilizaciones. Admiró la cultura francesa y adoptó el pensamiento clásico francés; decidió, en una actitud de completa independencia espiritual, enfrentarse a los múltiples aspectos de la vida para conocerlos, explicarlos y ordenarlos en un todo armonioso. Así declara: "La verdad está en acordar nuestro propio yo íntimo con ese mundo externo, sin que pretenda ser amo absoluto ni se resigna a ser un fantasma de ese mundo". En otro lugar: "Sentía la concepción geométrica de la vida y su espíritu estaba moldeado en el método científico". Es decir que rechaza todo lo que puede ser fuente de error, verbigracia, la sensibilidad y la imaginación. Su cerebro está en ebullición, de una ebullición muy caracterizada: "La magia de su cerebro le permitía superar con las ideas y sus visiones abstractas, lo pequeño y lo efímero de las cosas inmediatas de la vida".

Fernando que con toda probabilidad ha estudiado las doctrinas de los solitarios de Port Royal y, sin duda alguna, se ha impregnado de Pascal, quien decía: "la verdad es la primera regla y el último fin de las cosas y también

"Allons droitement et honnêtement comme des hommes qui sont en plein jour et dont toutes les actions sont éclairées".

Es decir, que los hombres están dotados de razón, que sus acciones son razonables y que el mundo es racional. Fernando, decimos, llega a las costas tropicales americanas. Inmediatamente tiene "la sensación neta de lo rudimentario, lo no organizado, no acorde con su psicología y sus métodos analíticos; la realidad extraña a su temperamento que había palpado, con temor, en las costas continentales". Es el primer choque: hay incompatibilidad entre su temperamento y nuestras tierras en formación geológica. Ese mismo fenómeno lo sintió Keyserling al poner los pies en los Andes, pero con tal inten-

sidad que provocó en él un desvanecimiento. Sintió subir de la tierra raras emanaciones, fuerzas telúricas como las llamó, que invadieron su ser y perturbaron su mente. Aquí tocamos en lo vivo, si podemos expresarlo así, la diferencia de métodos para conocer, entre Fernando y Keyserling: el primero ve y constata, el segundo siente y analiza; el uno se sirve de sus facultades intelectuales, el otro de la intuición; éste es un emotivo y aquél un cerebral.

Cuando Fernando llega a la meseta central y vive en ella, siempre su espíritu estará disconforme con el medio tanto físico como humano. Con la paciencia del investigador científico, Fernando aplica su método analítico; estudia la vida social, política, económica del país. Observa las diferentes clases sociales, desde las más altas hasta las más bajas, se une a la muchedumbre, conversa con amigos y desconocidos, les hace preguntas con el afán de encontrar una explicación racional a todas las manifestaciones de nuestra vida del Trópico, y, tal vez, con la esperanza, pues así lo suponemos, por consecuencia natural de su contéxtura espiritual, de unir en un sistema equilibrado todos esos elementos dispersos e inherentes. En vano: ese mundo, por su inconsistencia misma, no lo podrá moldear a su deseo. Se decide a la acción y pronto queda sin fuerzas; el ambiente es más poderoso que él y le dominará; ese constante análisis en que se complace es una fuente de debilidad: pronto cae en la inacción e indolencia.

El escepticismo y la desesperación invaden su espíritu. Busca en el amor, como último recurso, un estímulo a su ánimo, un ideal que lo enaltezca. Vuelve hacia Elena, su antigua novia. Frente a ella comprende que a su lado no conseguirá el "reposo espiritual" que anhela y renuncia al amor, pensando, en sus adentros con cierta satisfacción egoísta, que el lanzarse en esa aventura y aventura sería —Elena se había casado— le podría traer graves consecuencias que perturbarían su vida interior. Desea la soledad y se retira a la hacienda de don Manuel, su tío. Esta es la figura más noble y más sincera de la novela, donde los personajes permanecen como imágenes, sirviendo únicamente de motivos para las investigaciones de Fernando. Don Manuel tiene alma, irradiaba calor humano, lo que nos hace pensar, y creemos equivocarnos, que fue

tomado de la vida real. Fernando participa en las labores del campo; su actividad mental decae y va cediendo al ambiente, se apaga lentamente por entrar en un letargo intelectual. No hay rebeldías ni violencias del ánimo: se resigna a lo ineluctable. Se casa con Lina, una mujer sencilla, sana, casi una campesina, y ésta es su última y definitiva abdicación. Ya el cerebro de Fernando no se complacerá, como solía hacerlo, con sutiles pensamientos analíticos, en largos e ingeniosos razonamientos, perfectos silogismos, que tanto nos interesaron, nos divertieron y nos atrajeron. Fernando llevará una vida conforme al medio, tranquila, mediocre y, sin duda feliz: las fuerzas telúricas invadieron todo su ser y ahogaron para siempre su excepcional espíritu analítico. Y el lector, al meditar sobre "El Valle Nublado", concebido en forma original y realizado con valentía espiritual, evocará, abrumado, ese mundo de pensamientos y de paisajes creados por la potente y disciplinada mentalidad de Fernando y volverá a leer los capítulos que más le interesaron: la Mañana, la Tierra, el Héroe que se quedó en el camino...

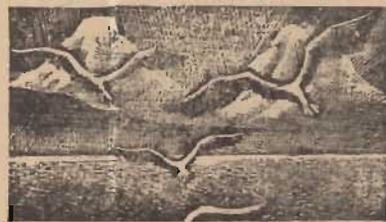
¿Qué propósitos tuvo el autor al escribir su novela? ¿Qué problemas sentó consciente o inconscientemente? ¿Cómo los resolvió o qué soluciones se desprenden lógicamente de él? ¿En fin, qué significación literaria o filosófica tiene, entre nosotros, el Valle Nublado?

No hay duda de que la idea primordial de Abelardo Bonilla al iniciar su novela fue el estudio psicológico de un personaje principal: Fernando González; no en su personalidad completa, carácter y temperamento, más sí en sus reacciones puramente cerebrales, en su definido y claro mecanismo mental. Fernando no es "un individuo" determinado, con su mentalidad propia; es el hombre en general dotado de inteligencia y razón y es únicamente eso. Su aspecto físico, sus modales, el autor no los describió. Claro, si le hubiese dado una forma corporal, lo habría individualizado; su imagen se gravaría en la memoria del lector, lo que era contrario a su propósito. El personaje de ese hecho es convencional: dotado de facultades intelectuales que no deben tener ni manchas ni sombras. El mundo de los sentidos se redujo al papel de conocer las cosas concretas: el mundo misterioso y pérfido del inconsciente

fue ignorado: no quedó, en Fernando, nada de ese tumulto de ideas, imágenes y sensaciones, recibidas en el curso de nuestra vida, nada, tampoco de los vestigios de épocas ancestrales: los primitivismos, los atavismos, los imponderables. Fernando, en este aspecto, se presenta como una reacción neta contra las tendencias modernas: el pensamiento proudstiano y la introspección en lo tenebroso y mórbido del alma humana. En fin, es un retorno al clasicismo del mejor tiempo.

El ambiente, lleno de incógnitas, amplía la novela y le da cuerpo. Lo sentimos hostil y peligroso para Fernando. Hay en él fuerzas misteriosas, poderes ocultos que nos superan. Se entabla una lucha subterránea, insidiosa, entre Fernando y el ambiente; lucha cada vez más intensa, más envolvente. Estas no son interpretaciones arbitrarias nuestras ni fantasías de nuestra imaginación. Fernando comprendió esa lucha y presintió con nostalgia, su añquilamiento en el medio. Pero la obra es de carácter literario y no filosófico: si alguna idea general se desprendiera del Valle Nublado sería la indicada por Keyserling "los valores vitales importan siempre más que los valores de la vida elemental, del amor, de la muerte, dominan todos los problemas trascendentes".

Llegamos a nuestra última pregunta: ¿Qué significación literaria tiene, entre nosotros, El Valle Nublado? En el albor de la novela en Rusia, Gogol lanzó al público las "Almas Muertas". En ella presentó todo la vida de su pueblo en sus múltiples aspectos de paisajes y de costumbres. Su obra fue fundamental y sobre ella floreció una de las literaturas más originales de Europa. En nuestro modesto medio, "El Valle Nublado" viene a ocupar el puesto de las "Almas Muertas"; las dos obras tienen los mismos propósitos y fines. Gogol lanzó su aventurero Tchitchikof al mundo de su época, lo mezcló a la vida rusa para dárnosla a conocer; Abelardo Bonilla, a su vez, despaacha a Fernando al descubrimiento de nuestro mundo, mas no lo mezcla a nuestra vida, lo deja como un observador, prudente y sagaz, detrás de los cristales de la ventana y ante nuestros ojos se desarrolla el panorama de Costa Rica, naturaleza y habitantes, en sus aspectos esenciales. Como las Almas Muertas, "El Valle Nublado" ocupa, en nuestras letras, un lugar privilegiado: es una obra fundamental y sobre ella se levantarán, en el porvenir, obras originales y fuertes, genuinamente nuestras, nacidas de la exuberancia misma de nuestro suelo.



LA SEGURIDAD SOCIAL

ES LA SUPREMA ASPIRACION DE LA SOCIEDAD DE HOY

Sólo cuando los hombres conquistan el derecho a una vida sin temores y llena de dignidad, aflora la paz en los espíritus y nace la concordia en la humanidad.

CAJA COSTARRICENSE DE SEGURO SOCIAL

Poesías de Olga Kochen

Y es una pena honda
y lastimosa
con su hambre de tierra.
Y le llega aquel gotear
de lluvia que, bebida,
hace reflorar las bocas
para la nueva sed.
Y es asimismo el sol
un implacable amor
de luz y fuego.
Azul, azul siempre el azul
cuando es azul el cielo
y en tinieblas
los ojos de los ciegos.
La miseria del hombre
—hermoso tema—
es llenura
en páginas de libros.
Y los que nada hacemos,
perdidos ya la voz
y el llanto,
creyéndonos salvados.

Me voy contigo adentro
camino de mis soledades.
Un laberinto oscuro me circunda
y es una voz callada
la que me dice eso
que no entiendo.
Quiero mirar afuera
pero soy ciega.
Me vuelvo entonces
tropezando posibles,
palpándote las voces.
A veces llego a oírte
lo recuerdo, si, dices algo
que yo siempre sabía.

Soy plena entonces, fluyo,
tus anchas claridades me dan forma
y regreso
con tu eco en mi garganta.
Mas cuando quiero darlo,
sonarlo con mi aliento
nada encuentro,
eres de nuevo horizontal, sin voz,
y no recuerdo ya
más que un gran peso de alas.

Yo te soñé pingüino
en un jardín sin flores
donde yo era jirafa.
Pasabas muy sereno al caminar
y yo más me estiraba
por verte más pequeño,
más distante, más serio
entre tu frac.
Te dí mi ruido
—tal vez así mirabas hacia arriba—
mas tú nada escuchaste
y lejos, junto al lago,
quisiste estornudar.
Una flor misteriosa
alzó su copa,
olvidé mi gran cuello y llegué
hasta su aroma.
Ya no te ví pingüino
ni fui yo más jirafa,
en el sol como un barco
te fuiste a navegar.
Quizás me vuelva rada,
vendrías a descansar?

Indita Caprichosa

Por Carlos MANGEL.

Allá cerca de mi rancho
vive una indita preciosa,
una rosa caprichosa
vive cerca de mi rancho...

Cuando la miro me niega
la dulzura de sus ojos;
cuando dejo de mirarla,
me demuestra sus antojos.

Yo no sé cómo entenderla,
yo no sé cómo tratarla,
si quererla o despreciarla
o indiferente mirarla...

Sólo sé que es una rosa
encantadora y preciosa,
una indita candorosa
que llena de sol mi alma...!



YOLANDA

Por Alfredo CARDONA PEÑA.

AYER decíamos Yolanda
y nos cansábamos de sol;
ora pronunciamos su nombre
como quien pronuncia oquedad.

Ayer era el ala de fuego
que nos produce resplandor;
ahora es la novia del viento
y la desposada del mar.

El viento que la levantó
como hoja recién bruñida,
y el mar que en su manto verde
bordó su música nupcial.

Yo la vi en la noche funesta
beber una larga cicuta
y golpearse con cirio ardiente
como un ángel fuera de sí.

Con su llama de inteligencia
hecha pasión, volcada al ser,
nos dejó en unos cuantos libros
su sombra, su genio, su fe.

Costa Rica no fue por ella
indiferente a su laurel,
como en Chabela y otros árboles
dolorosos que yo me sé.

Paradoja la de mis gentes
que a ciertas almas dejan ir:
cuando estaban no las querían...
y luego lloran que no están.



El Romance de mi tierra

Por Carlos MANGEL.

Ya se oyen crujir las ruedas,
de las alegres carretas;
van despertando a la aurora
las lindas guarías moradas.

Y los rayitos del sol
se ven allá reflejados,
en los techos aun mojados
del sereno de la noche.

Muy cerca de la tranquera
está mi linda morena,
embelesada en las notas
de la marimba que suena.

Lanzan al aire sus trinos
los jilgueros y yigüirros,
que alegres revolotean
en las hojas del espino.

Debajo de la enramada
de los robles florecidos,
se quedaron dos luceros
en sus hojas escondidos.

Así es esta tierra tica,
llena de amor y paisajes,
donde el monte es aun más verde,
donde la luna es más blanca...!

Una Entrevista con Pablo Casals en Puerto Rico

Por Julio César Suñer

SU ASPIRACION: VIVIR EN UN FARO.

Regordete, con camisa azul, pantalón gris, camiseta blanca abierta hasta el cuello, Pablo Casals, con su conversación amena y sencilla —con la profundidad del genio— nos habla y nos habla por borbotones...

Tiene la fluidez del español que paliquea a más no poder. Pero que trata de cosas sustanciales, importantes, trascendentes.

Yo, nos dice en San Juan de Puerto Rico, frente a un paisaje azul de mar y de cielo, siempre quise vivir en un faro. Vivir en un faro en medio del Océano, admirando la naturaleza y lo grandioso de la creación. Ahora, aquí, en San Juan he logrado lo que fue mi aspiración. Esta Isla verde, llena de azul inmenso y de calor humano, es el sitio ideal para el artista que desee inspirarse. Por eso he hecho de esta afable Isla el sitio de mi residencia durante una parte del año.

La conversación va transcurriendo en un ambiente de poesía, de tranquilidad marina de vientos alisios, de amenidad por la conversación fluida del mejor violoncelista con que hoy cuenta la humanidad. Y que ha decidido, como antes lo decidió Juan Ramón —también artista— y Rómulo Bentancourt— político de calidad que es otra forma de ser artista— irse a residir a Puerto Rico, en donde se puede vivir en paz por la naturaleza que le permite, y por el ambiente democrático que hace posible el transcurrir placentero.

En 1950 yo di comienzo a la realización de los Festivales de Prades, los que como Ud. sabe —nos dice— han alcanzado un éxito inigualable. En julio de cada

año, y durante tres semanas, tienen verificativo estos eventos del espíritu que logran reunir a los hombres de fino espíritu que to-

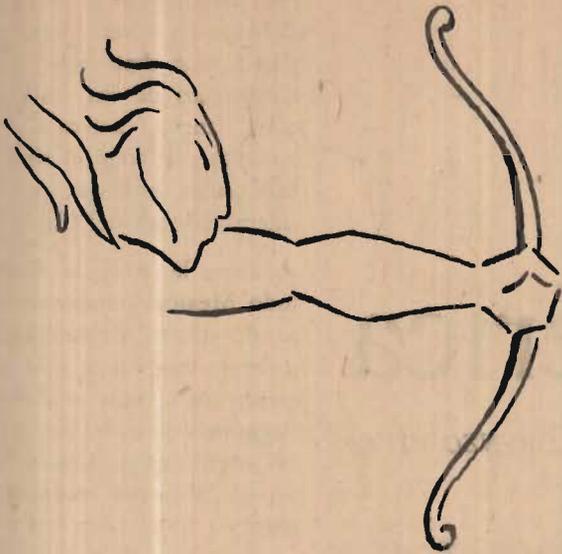
avía no han caído en las redes del materialismo brutal que nos consume. Allí llegan reinas, reyes, hombres de estado, magnates de

Europa, de América, de todas partes del mundo. Los Festivales de Prades, como se conoce, tienen repercusión universal. He pensado por eso ahora, que en Puerto Rico pueda efectuarse otro festival que sería para las gentes que viven en el Continente Americano. Así les sería más fácil disfrutar del arte con que nos deleitamos todos los que amamos la música que es una forma de amar la vida...

NO ESQUIVA LA POLÍTICA.

Revisa don Pablo Casals la correspondencia que tiene sobre su mesa. De Europa, de Estados Unidos, de África, del mundo todo. Cartas y más cartas. Cables, memorándums de diversas regio-





nes del orbe. Y mientras hace a un lado la papelería para encender su pipa, siempre humeante, siempre encendiéndola y siempre apagándola, nos atrevemos a hablarle de política. No sabemos hasta qué punto esté el dispuesto a tratarla en una reunión en donde nos hemos citado para charlar sobre cosas diferentes...

—Sí —enfatisa— sí creo que el hombre artista es un hombre como cualquier otro, y que no tiene derecho a esquivar el problema político que es problema para todos los hombres y que debemos abordar cada vez que sea preciso. Sobre España —afirma— debo anotar que hay tela que cortar. Es cierto que Franco no conviene; nunca ha convenido al pueblo español. El trata ahora de restaurar la Monarquía, lo que no está bien. Porque el país, la nación entera, dictó su veredicto sobre ese aspecto de su vida política, y ya se sabe que el pueblo escogió por la República que fue un régimen más humano, más concorde con el pueblo español.

ESPAÑA VOLVERA FOR SUS FUEROS

Algún día el pueblo español volverá por sus fueros y se establecerá un régimen de concordia, de verdadera democracia que es la única que puede dignificar al ser humano. Yo creo terminantemente, que el si Estados Unidos no hubiese echado atrás en cuanto al aislamiento en que tenía a la España de Franco, éste no hubiera mantenido el poder por mucho tiempo. Desgraciadamente cambió de línea, le dió ayuda y el dictador se sostiene. Yo he protestado por esto. Mi protesta ha sido silenciosa pero enfática. Desde 1928 no visito a Estados Unidos de América. No pienso visitar ese país, pese a que le tengo sim-

patía extraordinaria a la gran democracia, a sus dirigentes políticos, a su pueblo. Fue un error lamentable el ayudar a Franco. Y la protesta —refiere con fuerza de carácter eminentemente catalán— deberá estar presente con mi abstención de visitar la gran nación del Norte.

LAS DICTADURAS SON CRITICABLES

En cuanto a la posición de Estados Unidos con respecto a las dictaduras, también tengo mi criterio personal. Las dictaduras son criticables de cualquier clase que ellas sean, por lo que no podemos ver imposibles el sostenimiento de los regimenes de fuerza que tratan de aniquilar la personalidad y a la esencia del ser en su dimensión exacta de libertad absoluta.

—Y Ud. don Pablo, que tanto fustiga a las dictaduras, nos imaginamos que como todos los hombres libres debe haberse hecho una "jerarquía" de ellas para desear que la peor —por orden de precedencia— sea la que caiga más pronto?

—Sí— respondió de inmediato el juvenil hombre de ochenta y dos años que sigue viviendo con las inquietudes políticas de un joven de dieciocho— Sí para mí, la peor de las dictaduras es la de Trujillo en República Dominicana. Es cruel y más cruel que cualquier otra. Por norma no visito ningún país en donde haya dictadura. Por ello mi alejamiento de España desde que Franco asaltó el poder. Por ello mi negativa para viajar a República Dominicana.

INTERPRETA A WAGNER PERO CRITICA A LOS DICTADORES

Ya ve —dice don Pablo con

una sonrisa irónica llena de no disimulada satisfacción— Ud. tenía temor de hablarme de política y terminamos por conversar sólo de esto. Y es que es cierto —apuntó— que a mí si me hablan de política se me olvidan las otras cosas. Porque si bien es cierto que le podría decir que los críticos afirman que soy un técnico del instrumento y un gran intérprete de Wagner, también le pueden asegurar que soy un constante preocupado por lo que pasa en el mundo, por la política en la que van involucradas muchas cosas. Incluida, por supuesto, la dignidad del ser y su superación.

Casals sigue recibiendo visitas. La audiencia para nosotros, había tomado más tiempo del presente. La charla había continuado con entusiasmo tal que perdimos la noción del tiempo. Y es que eso nos tiene que suceder, necesariamente, cuando se conversa con un hombre como Casals: todo hombre, todo artista, todo humano. Y por encima de esto, joven en sus inquietudes; militante en sus convicciones; convencido de que no puede haber libertad a medias, ni personalidad a medias, ni respeto a la dignidad humana

en medio del régimen de terror y de tiranía; y por supuesto, tan poco en la ignorancia que es la que trae la pobreza de espíritu y la falta de amor por el arte que es una manera de estar ayuno de vida.

VISITARA A COSTA RICA

—Y a propósito de que mi posición es terminante en cuanto a no visitar los países que tienen dictaduras, quiero decirle que una de mis aspiraciones es visitar a Costa Rica, país que goza de justa fama por su democracia auténtica, por su cultura, por la calidad humana de sus habitantes. He hecho planes y algo he hablado con gentes costarricenses sobre la posibilidad de visitar en cualquier momento ese pequeño gran país. Sé que tienen ustedes un Teatro Nacional que podría ser escenario de mis presentaciones. Así es que en cualquier momento seré huésped de los ticos.

Si no visita a las dictaduras —le decimos— a contrario sensu, como dicen los abogados, debía visitar las democracias. La nuestra está a su orden. Y cuando la visite, sepa Ud. que es huésped de honor.



Calidad Superior...

desde hace muchos años le brinda a usted

IMPERIAL

LA MEJOR CERVEZA QUE SE FABRICA EN COSTA RICA!

La Inquisición en Centro América

Por LORENZO VIVES

Conociendo el ambiente de pobreza mental de la España del siglo XVI, no se hace difícil comprender el por qué del fanatismo que el conquistador español trajo a estas tierras de aqueque del Atlántico. Tanto Carlos I como su hijo Felipe II, fueron fieles a la idea de que Dios estaba al alcance de la mano y de que el Papa era su representante legítimo en este mundo. Para aquellos monarcas, la idea mágica del mundo continuaba persistiendo. Para los hombres de las primeras culturas, la Tierra era el ombligo del Universo y el hombre el excelso dueño de este paraíso terrenal. La idea copernicana, por la que el ser humano deja de ser ciudadano terrestre para hacerse uno cósmico, no podía penetrar la dura atmósfera mental de los rectores de la vida española. La idea del pecado original —que todos cometían ilegalmente todos los días— lo tenía todo de negro, y por ella, la salvación de las almas se hacía bien difícil. La concepción de un Dios personal y antropomorfo, estaba adherida a la idea de furor inaplacable. Si las pesetas asolaban al mundo con escenas infernales, era debido a la ira de ese Dios ante la maldad de los hombres. Había, pues, que hacer continua penitencia —por lo menos aparentemente— y someterse ciegamente a la Iglesia que era la única institución que podía interpretar los extraños designios divinos. Aquellos que se ponían fuera de su autoridad, eran anatematizados. Los templos se multiplicaban y los conventos invadían el campo y la ciudad por doquier. A fines del siglo XVI, la población de España no llegaba a los diez millones de habitantes y sin embargo, había más de doscientos mil religiosos y unos diez mil conventos. Y mientras el pueblo se moría de hambre y de suciedad, la renta de los bienes raíces

del clero ascendía a la mitad del total de las del reino, y las de los siete arzobispados y treinta y nueve obispados, venía a ser de unos veintidós mil ducados cada uno. Sólo el arzobispo y el cabildo de Toledo, reunían de trescientos cincuenta a cuatrocientos mil ducados anualmente. (El ducado venía a tener el valor de unas siete pesetas).

El ambiente era tristísimo, de una miseria moral terriblemente funesta. Era la España que se trasluce a través de EL LAZARILLO DE TORMES y de LA CELESTINA.

La epopeya de la Reconquista, debida exclusivamente al valor y tesón del español, fue atribuida a Santiago, paladín incansable del catolicismo. Y la misma idea del milagro movió al conquistador español en tierras de América. Carlos I, a los cincuenta años, deja la administración del vasto imperio a su hijo y él se retira al Monasterio de Yuste, y Felipe, su hijo, manda edificar la enorme tumba del Escorial para enterrar en ella su cuerpo y el de todos los suyos. El Escorial es el monumento de la idea del mundo como cueva.

La inmensa mayoría de los españoles de entonces —y de los

que no lo eran, también —no sabía ni escribir ni leer. Los que en estas tierras se mostraron más atrevidos, procedían de orígenes muy humildes: Pizarro, había sido guardador de puercos, Hernán Cortés, un sencillito soldado anónimo de Medellín, Vasco Núñez de Balboa, un pobre mancebo de Jerez, criado de D. Pedro Portocarrero; Almagro, un expósito encontrado en la iglesia de Almagro, y de ahí su nombre, Valdivia, un soldado que ni siquiera se sabe dónde nació, y así todos por el estilo. De ahí, pues, el que impusieran, fanáticamente, lo que sabían en materia de religión. Y así como el matar moros era para mayor gloria de Dios, el asesinar indígenas americanos, contribuía a glorificarlo también.

La cruz, para el pobre indio, fue el signo de su tragedia. Los misioneros hablaban de amor y como emblema de ese amor mostraban la efigie de un Dios clavado en la cruz por su propia maldad. Y este signo convertido en uno de perjurio y de ignominia presidió la explotación del pobre indígena. Por millones iban desapareciendo. La isla Española, que el padre las Casas le había calculado una población de más de dos millones, en 1548 se ha-

bía reducido a unos cinco mil. Poblaciones como Cuzco y Uatlán fueron destruidas. Todos los testimonios de las culturas quechua, maya, azteca... fueron tratados con todo el rigor de los furibundos fanáticos, que los consideraban obra del diablo.

Lima, la Antigua Guatemala, todo México heredaron el espíritu de trágica culpabilidad, y erigieron templos y más templos, conventos y más conventos que llegaron a pesar tanto, que hasta la misma naturaleza se sacudió un día y acabó con muchos de ellos...

Pero, la fe se había hecho torradiza, y hubo necesidad de velar por su pureza. Al principio, fueron los mismos obispos los encargados de vigilar el fiel cumplimiento de los preceptos de la Iglesia, pero después, en vista de los abusos que se iban cometiendo, la Corona determinó poner los asuntos de la Inquisición apostólica contra la herejía y la apostasía, en manos de tribunales especiales formados por personas civiles, asesoradas por otras religiosas, fuertes en las cosas de Teología. Y así, por cédula de Felipe II, expedida en El Pardo, el 25 de enero de 1569, se establecieron en Lima y en México, tribunales del Santo Oficio, con dependencia del Inquisidor General y del Consejo Supremo de la Inquisición. Más tarde, en 1610, se creó el tribunal de Cartagena, y bajo la jurisdicción de los tres, quedaron los asuntos relativos a la fe en toda América y Filipinas. Esto fue un bien, pues los mismos altos personeros de la Iglesia, se vieron supeditados a dichos tribunales, y los muchos abusos que se habían cometido —los que haremos ver en parte— dejaron de producirse.

San José, Marzo de 1957.

De Oscar BAKIT

No hubo tiempo...

oOo

oOo

ni lo habrá en mucho tiempo. Hemos pasado años y años esperando que un minuto se nos plante descuidadamente en el camino... pero es mentira. Nunca hubo tiempo para nada.

Se nos quedó en la cabeza el proyecto literario, la hazaña libresco, la creación genial, el plan de ganancias, los mil y un modos de afirmar nuestra personalidad en un ambiente de barro.

Pero no hubo tiempo. Nunca lo hubo. Sufrimos, luchamos por llevar los centavos al hogar. Nuestras ilusiones se transformaron de fragua tremenda en humilde reverbero de frustraciones. Y... el

IGNACIA

Por la orilla de la socola, ahí donde comienza la montaña, sonó un disparo cuyo eco rebotó en el cerro hasta caer en el llano.

Nos miramos en silencio y recomenzamos la desyerba del arrozal cuando:

—De segurito que Pedro Miguel se voló el venao. Hace ya tiempo que lo pastoriaba— dice Leoncio.

—Ojalá—le responde Lencho— aunque lo dudo, porque este cachón tiene piedra y li'han hecho más tiros qui'una retreta y no se lo han apiao; en fin, ya veremos.

El sol comenzaba a espesar el aire igual que agua de azúcar y el silencio roto por un resbalar de machetes en el surco, se acompañaba. Sin embargo, aquel disparo sembró un deseo en los que lo oyeron.

—¡Muchachooooos! ¡Genteee! ¡Vengan!

La voz de Pedro Miguel se acercaba a través del jaragual. De pronto, aparece con Ignacia en los brazos: se aproxima un poco más al grupo de peones, la besa en las mejillas, la pone con cuidado en el suelo tratando de que la falda esté baja.

—La maté, aquí esta. Véanla. Farete una santica. Dios quiera perdonanos.

El grupo de peones se precipitó a mirar a la mujer. Lencho le puso el oído sobre el pecho para tratar de oír si el corazón aun latía.

—Está dijunta— dice al incorporarse. —¿Qué pasó? ¿Cómo la mataste? ¿Me oís Pedro Miguel?

—Sí, yo la maté, la traigo pa que me la entierren como buena cristiana y me li'hagan todos los pesos. Vendan la yegua y la milpa. Voy pa'onde el Político a entregarme.

Nadie se movía. Leoncio se agachó y cubrió con su pañuelo rojo la cara del cadáver en la que comenzaban a posarse algunas de esas moscas verdes que huelen la muerte a distancias enormes.

—Yo la maté; la llevé a la socola pa que vieran cómo la que-

ría y cómo trabajan los machos. Pero ella, no estaba conmigo; la ispiaba con cuidado y al fondo de sus ojos la sabía juída. ¿Se recuerdan cuando me casé? Bueno: ella se traiba un jalón desde mucho tiempo atrás, pero él se jué quién sabe onde. Dame un buchito de agua Charico, por el amor de tu mama.

Bebe despacio, como si fuera a tomarse toda el agua del calabazo; lo devuelve y continúa.

Un día le trajeron la nueva: "Ismael volvió por el pueblo y

anduvo averiguando tu parade-ro".

—Esd'ese día, Inasia se quedaba ispiando por la ventana en dirección a su casa y se me iba sin moverse di'onde estaba. Traté de halagarla, pero fue inútil. Por eso la maté, pa que no me la quitara Ismael, aunque nunca llegó por la casa, y, ora estoy muriendo por ella, por mi Inasia.

Aquel hombre sin una lágrima, con el pelo alborotado por el viento y empapado de sudor, repitió:



—La maté, pa'que no me la quitara.

La mañana, espesa, se nos pegó en la garganta...

tiempo no nos dió nunca ni un minuto de tiempo.

2

Nos quedamos sin hacer lo que queríamos. Plantados en lo más alto de nuestros nervios, como ridículos marineros sin mar y sin vela, sin barco y sin puerto, nos fuimos quedando a la mira del horizonte.

oOo

¿... Para qué...? Para que renunciáramos a nosotros mismos y nos dimos con tanto dedicación a los demás conocidos, a los demás cercanos y tiernamente untados a nuestra piel?

oOo

Nos decimos y aplicamos frases hechas: "Nobleza y sacrificio", "ellos me necesitan", "soy el centro de un hogar... el responsable".

oOo

Pero... Nunca tuvimos tiempo de volvernos a ver a nosotros mismos, y nos fuimos quedando tan sin nosotros mismos... tan huefamos de vanidad, tan escuálidos en nuestro poste de nobleza y

sacrificio. En nuestra Roca Tarpaya donde murieron millones de ilusiones chiquitas, pequeñas, tan humildes que ya no tenían ni siquiera ilusiones.

3

"Somos ambiciosos". Y con esa frase se van escudando todos los que asesinaron el tiempo y lo convirtieron en supuesta piedra filosofal: ¡oro, más oro, que el sarcófago necesita mucho oro!

oOo

Pero sí lo hubo para el negocio. Para el dinero. Porque necesitamos mucho dinero: la nevera, el radio, el tocadiscos y los últimos Hi-Fi, que nunca pudimos escuchar... porque no hubo tiempo.

oOo

Todos corremos y luchamos impotentes contra las manecillas del reloj. No fuimos a la conferencia de arte. No pudimos asistir al concierto. No escribimos ni pintamos ni siquiera conversamos. No hubo tiempo.

— 4 —

¿Qué fue de nosotros? ¿Hacia qué punto del universo enarribó nuestro entusiasmo, tan fra-

goroso, vital y a ratos desorbitado? Busquemos urgentemente al culpable. Eso no ha sido un suicidio: hay un asesino con seguridad en el pulso y la escogencia.

oOo

Para explicar nuestro fracaso el profesor de Sociología nos habla de "ciclos culturales". El de Historia nos consuela con las "épocas mixtas". El comunista nos acusa de complicidad burguesa y el religioso nos llama ateos. En todos los partidos políticos nos sentimos fuera de cuadro. El existencialismo pretende soluciones y cuando más, desnuda lacras.

oOo

¿Y mientras tanto...? Así, sin rumbo, congestionados, cuando recibimos envuelto en celofán un minuto de tiempo, ya no fue nuestro porque lo teníamos empuñado.

No existió el presente. No queremos recordar el pasado, y al futuro... ¿cuál futuro?

oOo

Fuimos un pedazo de humanidad sin tiempo.

Instantes de México

Por Juan Manuel Sánchez



Museo Nacional de Artes e Industrias Populares.

... "Los verdaderos valores estéticos del arte popular comenzaron a vislumbrarse después de la revolución, descubiertos por los artistas modernos de la época como Enciso, Atl., Best Maugard, Rivera, etc. quienes encontraron en la modesta producción artística del pueblo la ideología de renovación política y estética que los animaba. El arte popular representaba el gusto, o más correctamente el "buen gusto" del pueblo, sencillo, espontáneo y directo, aún no maleado por el barato comercialísimo de los cromos y de las imitaciones de los "objetos de arte", que nos venían del extranjero. Una de las cualidades del arte popular consiste en la comprensión intuitiva y en el aprovechamiento inteligente de los materiales y del color. Puede decirse que no hay un solo objeto de arte popular que no esté concebido con un sentido muy especial y muy mexicano de la forma y de la expresión, simple y profundamente emotiva.

Este concepto de la forma primitiva hierática derivada inconscientemente de la escultura prehispanica —una de las más vigorosas del mundo— el sentido del color fresco y violento, el humorismo macabro, son todas cualidades y características que han sido tal vez la influencia decisiva en la gestación de la pintura moderna mexicana...

Miguel Covarrubias.

Gracias sean dadas a "Brecha" por su hospitalidad bondadosa a estas curatillas que no tienen otra pretensión que la de recordar gratuitamente las horas de México, y decir, siquiera pobremente, algo de lo mucho, de lo muchísimo y muy valioso que el gran país encierra para la curiosidad y el ánimo estudioso del visitante.

No irían nunca nuestras palabras para quien vió tanto o más

que nosotros, pero debemos reconocer que aún no se entiende por acá todo eso que llama Jacques Soustelle "la inconfundible mexicanidad", todo cuanto del profundo interior asoma a la superficie, hasta en muy sencillas y modestas manifestaciones de su pueblo.

Ese pueblo y esas modestas manifestaciones suyas, hechas concreción de trabajo, han dado origen al Museo de Industrias y Artes Populares, que se encuentra —casa antañona entre los rascacielos— al costado Sur de la Alameda. Institución que fomenta y divulga artes y artesanías típicas del pueblo y es intermediaria entre productor y consumidor, antes con espíritu de servicio que de lucro. Ahí se encuentran múltiples

objetos de procedencia, material y ejecución variadísimos, como son los de cerámica, cestería, metalística, escultura, modelado, madera laqueada, tejido, bordado, plumaria, vidrio soplado, etc.

Objetos de humilde uso cotidiano o desinteresado decorativismo, poseedores todos ellos del ingenio candor y la indocta gracia propios del verdadero lenguaje del hombre rural y suburbano que obedece a imperativos de su afán constructor y su estética necesidad incontenible.

Como que es labor de especialista y propia del libro antes que de rápida reseña periodística, desistimos de enumeración prolija, más elocuente en el trasunto fotográfico que la palabra; pero

hemos de mencionar además, las muy meritorias exposiciones que el museo organiza, ya de una determinada labor regional (indumentaria indígena en la Sierra de Puebla, por ejemplo) ya de un sorprendente grupo humano (Los huicholes, sus costumbres e industrias) y aún de foráneas exposiciones de habilidad y espíritu populares.

Ostenta el muro Sur de la primera sala un mapa folklórico de Miguel Covarrubias, caleidoscopio mexicano de color y ritmo y gracia, panorama vivo y conmovedor de lo que el alma del nativo va prodigando por llanuras y altiplanos en su fluir de río vigoroso y dulce, de sangre fecunda de la tierra hecha hombre.

SAN PABLO

Por PROTLO

Nada tan grato y edificante, especialmente en los grandes días de la Semana Santa, que recordar a San Pablo, la más fuerte columna de la Iglesia de Cristo. Recordarlo como hombre, inflamado de pasión, con su órbita particular, como un sol que va por los espacios infinitos y profundos, en una carrera luminosa que jamás tendrá fin. Su inmensa figura es y será siempre actual. Su dinámica es única en toda la historia de la humanidad. El mundo cristiano está de tal manera influenciado por su presencia, que todavía habla su lengua de fuego, que arrebató y quemó con quemaduras celestes. "El candente Pablo", lo llamó Darío. En nin-

gun momento, en ningún siglo, en ninguna época ha habido un escritor que haya ejercido influencia tan decisiva en el alma y en la vida de los hombres.

Después de Jesús, San Pablo es la más luminosa figura de la cristiandad. Su carácter, su prédica y sus epístolas hicieron del cristianismo una religión mundial. La fuente del agua de la vida ofrecida a los judíos, llevó su corriente a los gentiles a través de canales abiertos por él. Por designio especial de la Historia, apareció un tiempo después de la crucifixión del Señor, cuando la mente de la Iglesia era todavía tierna y plástica, de tal modo que su huella así pudiera que-

dar impresa para los siglos de los siglos. Nunca un hombre se ha movido más dentro de su mundo y de su época, como esta lanzadera de Cristo impulsada por el resorte divino de la inspiración. Es el Apóstol por excelencia, el polémico por naturaleza, el iluminado por la gracia de Dios.

No obstante, ninguno de sus contemporáneos escribió su biografía. El libro de los *Actos de los Apóstoles* es apenas un sumario del desenvolvimiento del cristianismo desde que sale de Jerusalén hasta que llega a Roma, cabeza y corazón del Imperio. En él se trata de los compañeros de Jesús, pero no de los hechos de San Pablo. Sin embar-

go, en los *Actos de Pablo y Thekla* quedó descrita su figura: "Pequeño, patizambo, de contextura fuerte, cejas encontradas, nariz un poco grande, lleno de gracia, pues a veces parecía un hombre y a veces mostraba el rostro de un ángel". Es un magnífico retrato: un hombre cuando actuaba como soldado —"militar y violento", lo llama el Poeta— y ángel, cuando predicaba y con la magia de su palabra atrastraba multitudes antes indiferentes e incredulas. Sus maravillosas cartas también ayudan mucho a plasmar su fisonomía.

Su espíritu irreductible vivió en perpetua lucha para vencer sus defectos y debilidades físicas, de tal modo que su triunfo más grande es el que obtuvo sobre su pobre humanidad. En cierta ocasión, su mala salud lo obligó a quedarse en Galacia; pero no le impidió moverse para predicar y conquistar adeptos. En otra oportunidad tiene que permanecer en Atenas, y en el bello centro del pensamiento pagano logra impactos profundos, no sólo con sus predicas, sino también enfrentándose en discusiones públicas a estoicos y epicúreos. Los dioses y diosas de la antigua Grecia habían muerto, estrangulados despiadadamente por la filosofía, aunque sus templos, altares y estatuas decoraran todavía la gloriosa ciudad. Los atenienses vivían listos para escuchar al último filósofo y entablar discusiones dialécticas, pero siempre en el más puro estilo académico, sin mayores preocupaciones morales e verdadero deseo de profundizar en la verdad.

Allí predicó San Pablo en las sinagogas de los judíos a donde los atenienses acudían a escucharle. Allí, a la sombra del Olimpo, sostuvo discusiones en el ágora. Muchos lo llamaban despreciativamente "un aficionado que apenas ha recogido migajas de sabiduría"; pero los más acabaron por convertirse. Allí, en los mismos propíleos que vibraron al conjuro de la palabra de Sócrates, una voz nueva, la suya, los ponía a vibrar otra vez, predicando la maravilla de Jesús y la Resurrección. Cada momento en que su mala salud le impedía continuar su peregrinación por la cuenca del Mediterráneo, medio ciego, derrengado, febril, pero jamás vencido, este superhombre se quedaba en algún lugar, predicando siempre, para luego seguir por las ciudades con su verbo encendido, en la

más fecunda siembra espiritual que han visto los siglos asombrados. Palestina, el Asia Menor, Macedonia, Grecia y Roma lo vieron moverse en estos trajines divinos. Hasta una visita a España, que no alcanzó a cumplir, estaba en su programa: "No vivo en mí, sino en Cristo", decía.

No hubo dificultad que no lograra vencer su coraje único, el cual lo llevó por sobre dolencias físicas que otros más fuertes no habrían podido resistir. En sus epístolas hay indicios de que sus nervios se mantuvieron siempre tensos, condición que ayudó mucho a dar fuerzas a su carácter extraordinario. El mismo llama

"celo" a su formidable energía, esa misma energía que lo hizo perseguir a los cristianos antes de su conversión y amarlos entrañablemente después de la sublime experiencia del camino de Damasco. Es la misma energía que impulsa los grandes actos de los héroes e ilumina con pinceladas de miel los rostros de los mártires que sonríen entre las llamas, convertidos en antorchas humanas. Esa energía lo llevó por el mar venciendo tempestades y naufragios, como cuando en más de una ocasión arribó a las playas de Malta agarrado a un remo.

Vida henchida de tumultuosa

complejidad fue la de este hombre singularísimo. Siguiendo sus pasos, leyendo su epístolas, jurgando en sus actos, se llega por fuerza a la conclusión de que el espíritu de Dios lo poseyó desde el mismo instante en que escuchó la Voz en la ráfaga. Un fluído divino impulsó su ser en los más duros trajines de hombre y sus alas en los altos vuelos de genio. Su solo paso por la Historia proclama la existencia de Dios y la divinidad de Cristo. Cada una de sus epístolas es un mensaje de eternidad que el alma embriagada de su presencia revive con admiración en estos días grandes de la Semana Santa.



No en vano pasan los años

CADA día estoy más contento de haber tomado mi Seguro de Vida. Cuántas angustias y necesidades hemos evitado con lo que ese seguro nos proporcionó!

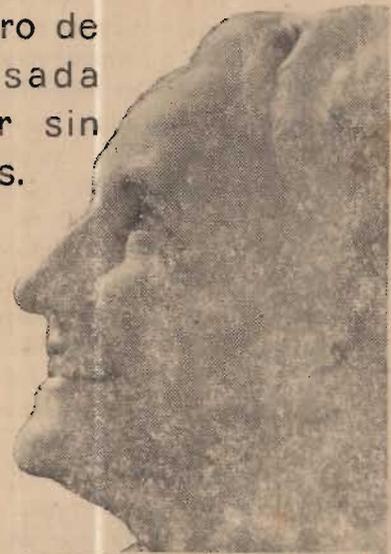
DIOS premia a los buenos y tu generosidad al querer protegernos con ese Seguro de Vida, ha sido recompensada ahora, dejándonos vivir sin preocupaciones económicas.

Todos debemos tomar un Seguro de Vida.

Pida informes a nuestros Agentes Solicitadores



Instituto Nacional de Seguros



LA POESÍA PURA

Henri BREMOND
Traducción de A. CH.

Los modernos teóricos de la poesía pura, Edgar Poe, Baudelaire, Mallarmé, Paul Valéry, no son los peligrosos innovadores que a veces se les cree. Podemos, ciertamente, sospechar de su heresía sobre algunos puntos de detalle, cosa que no niego; pero, por lo que respecta al fondo de la doctrina, continúan una tradición bastante respetable. En Francia, el abate Dubos se les adelanta, les prepara, y Dubos, por su parte, no hace sino seguir las huellas del humanismo itálica, no, como lo han demostrado recientemente, con tanta penetración como ciencia, dos historiadores extranjeros, Robertson en Inglaterra, Toffanin en Italia. Pero como tan gran progreso no es posible resumirlo en algunas páginas, es por lo que voy a limitarme a elucidar únicamente la noción misma de poesía pura:

Tomemos esta noción en el momento en que atraviesa. —tímida, incierta y sobre la punta de los pies—, la celda virgiliana del P. Rapin. Este buen letrado acaba de enumerar, dócil a las lecciones de Aristóteles, los caracteres esenciales de la belleza poética. Debería haberse limitado a eso, pero, poeta él mismo, siente confusamente que todo le queda por decir. *Hay aún* —insinúa con un aire glotón, y este *aún* es ahora para nosotros la palabra capital—, *hay aún en la poesía ciertas cosas inefables que no pueden explicarse. Estas cosas son como los misterios. No hay preceptos exactos para explicar estas gracias secretas, estos encantos imperceptibles, y todos estos goceos ocultos de la poesía, que van hacia el corazón.*

¡Qué lejos está de nosotros, estando tan cerca!

Ahora, no decimos más: en un poema hay pinturas vivas, pensamientos o sentimientos sublimes, hay ésto y aquéllo y además lo inefable; decimos: hay primero y sobre todo, lo inefable, estrechamente unido, por otra

parte, a ésto y a aquéllo. Todo poema debe su carácter propiamente poético, a la presencia, a la irradiación, a la acción transformante y unificante de una realidad misteriosa que llamamos poesía pura.

Comencemos por una experiencia que todos hacemos, pero, comúnmente, sin fijarnos, cuando leemos un poema. Para que el estado poético se bosqueje en nosotros, ninguna necesidad hay de tener conocimiento, desde el principio, del poema completo, aunque sea corto. Tres o cuatro versos, encontrados al azar en la página abierta, a menudo hasta unos fragmentos de verso, son suficientes. *Primum Graius homo... Ibant obscuri...* La frase no ha acabado; lo que va a seguir lo ignoramos por completo, y sin embargo el encanto se opera ya, La primera escena de Ifigenia es una obertura, en el sentido musical de la palabra; nos coloca, me atrevo a decirlo, en estado de gracia poética; hace penetrar en nosotros la poesía de toda la obra. Una tela de Delacroix, decía Baudelaire, *vista a una distancia demasiado grande para analizar y aún comprender el tema, ha producido ya sobre el alma una impresión real.* La acción que producen sobre nosotros ciertos versos, destacados así de su contexto, es igualmente inmediata, instantánea y dominante. Nos hemos colmado completamente; no experimentamos la necesidad de ir más adelante. Es esto también lo que hace difícil la lectura de tales poetas, entre los más altos, Dante, por ejemplo. Les diríamos de buena gana: deteneos; *Laissez-nous plus longtemps savourer les délices* de este bello verso cuyo sentido está inconcluso; en tanto que gritamos a la prosa: ¡adelante, adelante! *Ad eventum festina.* Y si el desenlace en la demostración o en el relato, tarda demasiado, quemamos las páginas.

Prosa y poesía requieren ritos

diferentes. Leer el "De natura rerum", como se leería una tesis sobre Epicuro, o esperar de la "Eneida" el mismo placer de los "Tres Mosqueteros", es pecar contra la poesía misma por una suerte de avidez simoníaca; es, para usar los términos más suaves, exigir a Ingres una tonada de violín. El poeta nos promete conjuntamente mucho más y mucho menos que el novelista. El también, por otra parte, está a menudo colmado desde sus primeras inspiraciones; la continuación será la que sea, y el fin también, puesto que, de buen o mal grado, es preciso un fin. El soneto a Elena habría podido acabar en homilía; *Dichosos los que como Ulises...* por la apoteosis del Monte Palatino. *La influencia secreta* es una invitación tan confusa como urgente. Se parte en la noche, sin equipaje, algunas veces sin brújula. A la rima le toca intervenir en caso de hambre; a otros, azares tócale fijar el término del viaje.

Como quiera que sea, para leer un poema como es preciso, —quiero decir poéticamente— no es suficiente, y por otra parte, no es siempre necesario, aprehender el sentido. Una campesina bien nacida se emociona sin esfuerzo con la poesía de los salmos latinos aún no cantados, y más de un niño ha saboreado la primera égloga antes de haberla comprendido. Ocho o diez contrasentidos, decía Jules Lemaitre, es todo lo que queda de Virgilio en la generosidad de los bachilleres. Y, con tal que el mensaje llegue al destinatario, ¿qué importa el despojo del mensajero? Unos cuantos de estos contrasentidos nos entregan la poesía de Virgilio con más seguridad que como hubiera podido hacerlo la interpretación ortodoxa del texto. Después de todo, el sentido exacto de la égloga cuarta, si es que tiene alguno, no importa mucho; más virgilianos que Virgilio, pero gracias a Virgilio, realizamos la

poesía inexpressada que inspiró estas líneas oscuras, el llamado al redentor que no puede tardar más. Por un lado, contrasentidos; intuición inefable, por el otro; victoria de lo puro sobre lo impuro, de la poesía sobre la razón. Es verdad que lo puro y lo impuro raramente se oponen lo uno a lo otro con tanta claridad; pero un caso extremo como éste, nos enseña que no se les debe confundir jamás. o

Estamos indecisos, pero un hombre de gusto no intenta siquiera saber lo que significa tal canción de Shakespeare, que es, sin embargo, delicada. *Parece que no hubiese nada más,* —decía el robusto Angellier, de ciertos poemas de Burns— *las obras están despojadas del menor contenido intelectual, están vacías. Todo ha huído, imágenes, ideas, colores. Tiemblan con una llama invisible. El efecto es inaprehensible y penetrante... Mis sonetos,* —confiesa con buen humor Gérard de Nerval— *son apenas más oscuros que la Metafísica de Hegel... y perderían su encanto al ser explicados, si esto fuese posible. ¿Nos impide eso recitarlos con fervor?*

*Je suis le ténébreux, —le veuf—,
[l'inconsolé,
Le prince d'Aquitaine a la tour abolie,
Ma seule étoile est morte, et mon
[luth constellé
Port le soleil noir de la Mélancolie...*

La poesía popular de todos los países, y aun la nuestra, prefiere el sin sentido. Esta necesita siempre por lo menos un poco de él. Es por lo que Béranger no fué sino un hombre de espíritu. La estrofa cristalina: *Orléans, Beaugency... Vendome, Vendome...* no presenta siquiera el simulacro de un juicio. ¿Quién sin embargo no la prefiere a cien volúmenes de versos racionales? Después de la derrota de Ramillies, se ha querido cargar de lastre a esta canción, y el resultado es éste:

*Villeroy, Villeroy
A fort bien servi le roi
Guillaume, Guillaume...*

Como asustada de esta densidad de sentido, la poesía se ha escapado. No es que le repugne posarse sobre un epigrama. Pensad más bien en la indiscutible obra maestra:

*Lorsque Maillar, juge d'enfer, menoit
A Montfaulcon Semblancay Pame
[rendre*

El poeta de los "Chatiments" no lo hará mejor. A este respecto, notad esta cosa singular: parece que, para acumularse y estallar así, la corriente poética haya tenido necesidad de encontrar el nombre de Maillart. Reemplazadlo por Dupont. El pensamiento no perdería en ella nada de su agudeza, pero la chispa no brotaría. Así las cigüeñas de Víctor Hugo, si viniesen de Mulhousé y no de Caystre, una gloriosa estrofa de los Magos perdería su luz.

Sucede aún que, siguiendo el grado de la inspiración poética, la corriente a que nos hemos referido electriza más o menos una sola y única palabra. El verso, conveniente, pero completamente narrativo de Estacio,

Solatur lacrymas: qualis Bercynthia
[Mater

se empurpura con todos los fuegos del sol poniente, desde que lo toma nuestro Joachim:

Telle que sur son char la Bercynthia
[thienne...

Esperemos, finalmente, a que los filósofos de la poesía-razón nos expliquen, en primer lugar, por qué el verso de Malherbe,

Et les fruits passeront la promesse
[des fleurs

es uno de los cuatro o cinco milagros de la poesía francesa; en segundo lugar, por qué no se puede tocar la menor letra de este verso sin desgradarlo por completo. Agregad el peso de un copo de nieve al tercero de estos divinos anapestos:

Et les fruits passeront les promesses
[des fleurs,

y el vaso se quiebra.

Este verso tiene un sentido —la cosecha será provechosa—, pero tan escaso que no nos podemos imaginar que fluya tanta poesía de él. Y esto es verdad referida a un sinnúmero de espléndidos poemas, comenzando por las "Geórgicas".

¿Pero para qué prolongar este análisis? *Intelligenti pauca*. Es, pues, impuro —con impureza no real, sino metafísica— todo lo que en un poema ocupa o puede ocupar inmediatamente nuestras actividades de superficie, razón, imaginación, sensibilidad; todo lo que el poeta nos parece haber querido expresar, y ha expresado en efecto; todo lo que decimos que nos sugiere; todo lo

que el análisis del gramático o del filósofo desprende del poema; todo lo que una traducción conserva de él. Impuro, con gran evidencia, el tema o el sumario del poema; pero también el sentido de cada frase, la consecución lógica de las ideas, el progreso del relato, el detalle de las descripciones y hasta las emociones directamente provocadas. Enseñar, relatar, pintar, hacer estremecerse o producir lágrimas, para todo esta bastaría suficientemente la prosa, cuyo objeto natural es esto. Impura, en una palabra, la elocuencia, entendiéndose por ello no el arte de mucho hablar para no decir nada, sino más bien el arte de hablar para decir algo. Y, sin duda, el verso de Boileau dice siempre algo, pero no es por tan poco por lo que es poesía. En su cualidad de animal racional, el poeta observa de ordinario las reglas comunes de la razón, así como las de la gramática; pero no en su cualidad de poeta. Reducir la poesía a los cánones del conocimiento racional, del discurso, es ir contra la naturaleza misma, es querer hacer un círculo cuadrado. *Sería poca cosa*, —confiesa aún el clásico Rapin—, *lo que dicen la mayor parte de los poetas, si estuviesen despojados de la expresión*. De donde se sigue necesariamente que, aun en una obra donde abunde lo sublime, la cualidad propiamente poética, —lo inefable—, está en la expresión.

Pero no es todo. Esta expresión, o vacío de sentido, o cuyo sentido casi no tiene importancia, o que, hasta rica del más bello sentido, nos reserva placeres desconocidos a la razón; esas palabras cotidianas que usa todo el mundo, ¿por qué metamorfosis inaudita se encuentran vibrando de pronto con una luz y una fuerza nuevas, separadas de la prosa pura, ligadas a la poesía?

¿Para qué buscar tanto?, responden varios, y entre ellos altas inteligencias, el autor de "Variété", por ejemplo. La metamorfosis se opera, la expresión se hace poética, el verso poesía, desde que una técnica sutil y paciente, secundada por felices casualidades, ha llegado a captar, para orquestarlas deliciosamente, las riquezas musicales del lenguaje. Una pluma experta hace cantar la página como un *petit roseau... la forêt*. El poeta no es más que un músico entre los otros. Poesía y música son la misma cosa.

Admitido, pero como la música pura no parece menos misteriosa que la poesía, me pregunto si esto no equivale a definir lo desconocido por lo desconocido. Que si, por lo demás, nos jactamos de darnos así una gran idea de la poesía, me parece que nos equivocamos. Música tableada y monótona en cuanto se la compara a la verdadera: *Baudelaire a Wagner*.

Y pues, si toda poesía es música verbal, como así lo creo, toda música verbal no es poesía. Bossuet músico, iguala a Víctor Hugo. Sé bien que, por otra parte, la prosa de un Bossuet, de un Michelet, de un Loti, de un Barres no se distinguen ya de la poesía. Pero d'Ablancourt, simple traductor de obras en prosa, y el viejo Balzac, ¿no son tan armoniosos como cualquier poeta? D'Ablancourt, cuyo encanto entero se desvanece al capricho de San Evremont, si se le cambia la menor de sus sílabas. Fijad, pues, si podéis, el matiz exacto y exclusivamente musical, de donde, de las dos músicas, una sola, y a veces la menos armónica, es poesía. Después de lo cual tendréis aún, me lo temo, que trastornar los cuadros establecidos, que colocar a Desportes y Bertaut en el mismo rango de Ronsard, Malherbe bastante debajo de Quinault, Delille muy por arriba de Alfred de Vigny. Todos conocemos versos inmortales que no tienen más música que la que exigen las reglas de la prosodia. Y hay también muchos de los que no alabamos la armonía, por otra parte real, sino en razón de la impotencia en que estamos para

calificar de otro modo su extraordinaria seducción.

Yo creo, pues, que es preciso renunciar a explicarlo todo por esta asimilación perezosa. No es que intentemos romper, no lo permita Dios, con los teóricos de la poesía, nuestros aliados naturales e invencibles contra los teóricos de la poesía-razón. Lejos de clasificar la música de la expresión entre estas impurezas, de las cuales la prosa reclama el monopolio, —las ideas, las imágenes, los sentimientos—, afirmamos también, que esta música es inseparable de la poesía. No hay poesía sin una cierta música verbal, por otra parte tan particular, que fuera posiblemente mejor llamarla por otro nombre; y desde que esta música toca los oídos hechos para oírlos, hay poesía. Pero agregamos inmediatamente, que una cosa tan mezquina —algunas vibraciones sonoras, un poco de aire agitado—, no podrían ser el elemento principal, mucho menos el único, de una experiencia donde lo más íntimo de nuestra alma se encuentra empeñado. Cascabel de la rima, flujos y reflujos de las aliteraciones, cadencias alternativamente armoniosas o disonantes; ninguno de estos lindos ruidos llega hasta la zona profunda ni fermenta la inspiración, ahí donde no se percibe, con el Pericles de Shakespeare, más que la música de las esferas.

No obstante, ¿cómo es posible que, de las profundidades espirituales, algunas palabras puestas en su lugar, el ritmo, la rima, nos abran de pronto la entrada, y

UNGUENTO ZEPOL

Contra:

- o RESFRIADOS
- o DOLORES
- o CATARROS
- o PICADURAS DE INSECTOS
- o QUEMADURAS DE SOL

¡de acción
permanente
en la piel!

¡No se disipa!
Un producto de:
LABORATORIOS ZEPOL



que el poeta, si quiere hacer pasar a nosotros su experiencia poética, deba recurrir a medios tan burdos? ¿Cómo es posible que un alma inmortal dependa estrechamente de la arcilla que la aprisiona, y no viva más que por ella?

Sin embargo parece cierto que en esta colaboración paradójica, las palabras no obran solamente, y desde el primer instante, en virtud de su belleza propia, pintoresca o musical. Nos entregamos a estas vibraciones fugitivas, por exquisitas que sean, por otra parte, sus caricias, no para buscar el placer que ellas dan, sino para recibir el flúido misterioso que ellas transmiten: simples conductores, poco importa que sean más o menos preciosos o sonoros; o, más bien, conductores que deben su propia sonoridad y su efímero esplendor a la corriente que los atraviesa. Recordáis los anillos de que habla Sócrates en el "Ion" de Platón: la piedra maravillosa que Eurípides llama *magnetis*, no solamente les atrae, sino que hasta les comunica su propia fuerza atractiva. Son los talismanes o sortilegios, gestos o fórmulas mágicas, de esta palabra. Simple armonía encantos en el sentido primordial ligada al sentido de la prosa, esta música verbal deviene, desde que se ha impuesto al poeta, un verdadero encantamiento.

Magia sugestiva, decía Baudelaire, sin fijarse que el poder de sugerir, de evocar, se dirige exclusivamente a nuestras facultades superficiales, pertenece a la prosa pura. Contagio o irradiación, diría yo, aun creación o transformación mágica, por donde adivinamos, no la raíz de las ideas o los sentimientos del poeta, sino el estado de alma que le ha hecho poeta: que es esta experiencia confusa, compacta, inaccesible a la conciencia clara. Las palabras de la prosa excitan, estimulan, colman nuestras actividades ordinarias; las palabras de la poesía las tranquilizan y quisieran suspenderlas. Nos apartan esas sombras deslumbradoras que nuestro imperialismo antimístico, consecuencia del primer pecado, nos hace demasiado deleitables, para transportarnos a esas dichosas tinieblas donde las garras de las tres concupiscencias no encuentran ya de donde asirnos.

Magia que nos recoge, como dicen los místicos, y que nos invi-

ta a una quietud donde no tenemos más que abandonarnos, pero activamente, a algo más grande y mejor que nosotros. La prosa, una fosforescencia viva y revoloteante, que nos arroja lejos de nosotros mismos. La poesía, un llamado del interior, un peso confuso, decía Wordsworth, un

calor santo, decía Keats, un peso de inmortalidad sobre el corazón: *an awful warmth about my heart, like a load of immortality*. —Amor—, *Pondus*. Este peso, ¿a dónde quiere precipitarnos si no es hacia esos augustos refugios donde nos llama una presencia más que humana? Si

hay que creer a Walter Pater, *todas las artes aspirarían a reunirse a la música*. No, todas aspiran, pero cada una por los intermediarios mágicos que les son propios, —las palabras; las notas, los colores; las líneas—; aspiran todas a reunirse a la oración.

Leyendas Guatemaltecas.

La Leyenda del Cadejo

por Miguel Angel Asturias.

Y asoma por las vegas el Cadejo, que roba mozas de trenzas largas y hace ñudos en las crines de los caballos.

Madre Elvira de San Francisco, prelada del Monasterio de Santa Catalina sería con el tiempo la novicia que recortaba las hostias en el Convento de La Concepción, doncella de loada hermosura y habla tan candorosa que la palabra parecía en sus labios flor de suavidad y de cariño.

Desde una ventana amplia y sin cristales miraba la novicia volar las hojas secas por el abrazo del verano, vestirse los árboles de flores y caer las frutas maduras en las huertas vecinas al convento, por la parte derruida, donde los follajes, ocultando las paredes heridas y los abiertos techos, transformaban las celdas y los claustros en paraísos olorosos a búcaro y a rosal silvestre enramadas de fiesta, al decir de los cronistas, donde a las monjas sustituían las palomas de patas de color de rosa, y a sus cánticos los trinos del cenizal cimarrón.

Fuera de su ventana, en los hundidos aposentos, se unía la penumbra calentita, en la que las mariposas asedaban el polvo de su alas, al silencio del patio turbado por el ir y venir de las lagartijas y al blando perfume de las hojas que multiplicaban el cariño de los troncos enraizados en las vetustas paredes.

Y dentro, en la dulce compañía de Dios, quitando la corteza a la fruta de los ángeles para descubrir la pulpa y familia

que es el cuerpo de Cristo, largo como la médula de la naranja —¡vere tu es Deus absconditus!—, Elvira de San Francisco unía su espíritu y su carne a la casa de su infancia, de pesadas aldabas y levisimas rosas, de puertas que partían sollozos en el hilván del viento, de muros reflejados en el agua de las pilas a manera de huelgo en vidrio limpio.

Las voces de la ciudad turbaban la paz de su ventana, melancolías de viajera que oye moverse el puerto antes de levar anclas; la risa de un hombre al concluir la carrera de un caballo, o el rodar de un carro, o el llorar de un niño.

Por sus ojos pasaban el caballo, el carro, el hombre, el niño, evocados en paisajes aldeanos, bajo cielos que con su semblante plácido hechizaban la sabia mirada de las pilas sentadas al redor del agua con el aire sufrido de las sirvientas viejas.

Y el olor acompañaba a las imágenes. El cielo olía a cielo, el niño a niño, el campo a campo, el carro a heno, el caballo a rosal viejo, el hombre a santo, las pilas a sombras; las sombras a reposo dominical y el reposo del Señor a ropa limpia...

Oscurecía. Las sombras borraban su pensamiento, relación luminosa de partículas de polvo que nadan en un rayo de sol. Las campanas acercaban a la copa vespéral los labios sin murmullo. ¿Quién habla de besos? El viento sacudía los heliotropos. ¿Heliotropos o hipocampos? Y en los chorros de flores mitiga-

ban su deseo de Dios los colibríes. ¿Quién habla de besos...?

Un taconeo presuroso la sobrecogió. Los flecos del eco tamborileaban en el corredor...

¿Habrás oído mal? ¿No sería el señor pestañado que pasaba los viernes a última hora por las hostias para llevarlas a nueve lugares de allí, al Valle de la Virgen, donde en una colina alzábase dichosa ermita?

Le llamaban el hombre-adormidera. El viento andaba por sus pies. Como fantasma se iba apareciendo al cesar sus pasos de cabrito: el sombrero en la mano, los botines pequeñines, algo así como dorados, envuelto en un gabán azul, y esperaba los hosterios en el umbral de la puerta.

Si que era; pero esta vez venía alarmadísimo y a las volandas, como a evitar una catástrofe.

—¡Niña, niña —entró dando voces—, le cortarán la trenza, le cortarán la trenza, le cortarán la trenza!...

Lívida y elástica, la novicia se puso de pie para ganar la puerta al verle entrar; más calzada de caridad con los zapatos que en la vida usaba una monja paralítica, al oírle gritar sintió que le ponía los pies de la monja que pasó la vida inmóvil, y no pudo dar paso...

... Un sollozo, como estrella, le titilaba en la garganta. Los pájaros tijeleteaban el crepúsculo entre las ruinas pardas e impedidas. Dos eucaliptos gigantes rezaban salmos penitenciales.

Atada a los pies de un cadáver, sin poder moverse, lloró desconsoladamente, tragándose las lágrimas.

mas en silencio como los enfermos a quienes se les secan y enfián los órganos por partes. Se sentía muerta, se sentía aterrada, sentía que en su tumba —el vestido de huérfana que ella llenaba de tierra con su ser— florecían rosales de palabras blancas, y poco a poco su congoja se hizo alegría de sosegado acento... Las monjas —rosales ambulantes— cortábanse las rosas unas a otras para adornar los altares de la Virgen, y de las rosas brotaba el mes de mayo, telaraña de aromas en la que Nuestra Señora caía prisionera temblando como una mosca de luz.

Pero el sentimiento de su cuerpo florecido después de la muerte fue dicha pasajera.

Como a una cometa que de pronto le falta hilo entre las nubes, la hizo caer de cabeza, con todo y trapos al infierno, el peso de su trenza. En su trenza estaba el misterio. Suma de instantes angustiosos. Perdió el sentido unos suspiros y hasta cerca del hervidero donde burbajeaban los diablos tornó a sentirse en la tierra. Un abanico de realidades posibles se abría en torno suyo: la noche con azúcares de hojaldre, los pinos olorosos a altar, el pollen de la vida en el pelo del aire, gato sin forma ni color que araña las aguas de las pilas y desasosiega los papeles viejos.

La ventana y ella se llenaban de cielo...

—¡Niña, Dios sabe a sus manos cuándo comulgo!... —murmuró el del gabán, alargando sobre las brasas de sus ojos la parilla de sus pestañas.

La novicia retiró las manos de las hostias al oír la blasfemia... ¡No, no era un sueño!... Luego palpóse los brazos, los hombros, el cuello, la casa, la trenza... Detuvo la respiración un momento, largo como un siglo al sentirse la trenza. ¡No, no era un sueño, bajo el manojo tibio de su pelo revivía dándose cuenta de sus adornos de mujer, acompañada en sus bodas diabólicas del hombre-adormidera y de una candela encendida en el extremo de la habitación, oblonga como ataúd! ¡La luz sostenía la imposible realidad del enamorado, que alargaba los brazos como un cristo que en un viático se hubiese vuelto murciélago, y era su propia carne! Cerró los ojos para huír, envuelta en su ceguera, de aquella visión del infierno, del hombre que con sólo ser hombre la acariciaba hasta donde ella era mujer—! la más abominable de las concupis-

ccncias!—; pero todo fue bajar sus redondos párpados pálidos como levantarse de sus zapatos empapada en llanto, la monja paralítica, y más corriendo los abrió... Rasgó la sombra, abrió los ojos, salióse de sus adentros hordos con las pupilas sin quietud, como ratones en la trampa, caótica, sorda, desemblantadas las mejillas —alfilereros de lágrimas—, sacudiéndose entre el esteror de una agonía ajena que licvaba en los pies y el chorro de carbón vivo de su trenza retorcida en invisible llama que llevaba a la espalda.

Y no supo más de ella. Entre un cadáver y un hombre, con un sollozo de embrujada indesatible en la lengua, que sentía ponzoñosa, como su corazón, medio loca, regando las hostias, arrebatóse en busca de sus tijeras y al encontrarlas se cortó la trenza y, libre de su hechizo, huyó en busca del refugio seguro de la madre

superiora, sin sentir más sobre sus pies los de la monja.

.....
Pero, al caer su trenza, ya no era trenza: se movía, ondulada sobre el colchoncito de las hostias regadas en el piso.

El hombre-adormidera buscó hacia la luz. En las pestañas temblábanle las lágrimas como las últimas llamas en el carbón de la cerilla que se apaga. Resbalaba por el haz del muro con el resuello sepultado, sin mover las sombras, sin hacer ruido, anhelando llegar a la llama que creía su salvación. Pronto su paso mcurado se deshizo en fuga espantosa. El reptil sin cabeza dejaba la hojarasca sagrada de las hostias y enfilaba hacia él. Reptó bajo sus pies como la sangre negra de un animal muerto, y de pronto, cuando iba a tomar la luz, saltó con cascabeles de agua

que fluye libre y ligera a enroscarse como lático en la candela, que hizo llorar hasta consumirse, por el alma del que con ella se apagaba para siempre. Y así llegó a la eternidad el hombre-adormidera, por quien lloran los cactus lágrimas blancas todavía.

El demonio había pasado como un soplo por la trenza que, al extinguirse la llama de la vela, cayó en el piso inerte.

Y a la medianoche, convertido en un animal largo —dos veces un carnero por luna llena, del tamaño de un sauce llorón por luna nueva—, con cascos de cabro, orejas de conejo y cara de murciélago, el hombre-adormidera arrastró al infierno la trenza negra de la novicia que con el tiempo sería madre Elvira de San Francisco —así nace el Cadejo—, mientras ella soñaba entre sonrisas de ángeles, arrodillada en su celda, con la azucena y el cordero místico.

Brújula Quieta

BALDOMERO SANIN CAÑO, ha muerto. El ilustre anciano de casi un siglo de edad, polígrafo, decano de los grandes escritores de América, acaba de lanzar su postrer suspiro en Colombia, su tierra natal. Ya al cerrar esta edición nos llega la triste noticia. A pesar de sus muchos años, mantuvo lúcida su mente prodigiosa y firme su actividad literaria.

BRECHA lamenta su desaparición y pone una rama de acanto en su tumba.

DE NUEVO EL ARLEQUIN Sigue en sus buenos propósitos culturales y dentro de su senda, buenos intentos de Teatro y Pintura. Decimos buenos intentos, porque en todo tomamos al Arlequín como un centro de experimentación artística, el único en el país que ofrece perspectivas de llegar muy lejos.

Mientras que en la escena se representaba la trágica obra de Bettí, "Delito en la Isla de las Cabras", que fue un éxito rotundo, en su salón de exposiciones se presentaba al pintor Francisco Alvarado Abella, con dieciseis óleos y acuarelas-ceras.

Nos desconcertó esta exposición de Alvarado Abella; más que exposición con unidad pictórica, lo que encontramos fueron magníficas "muestras" de su hábil pincel y esto, en fin, no era lo que andábamos buscando. No quiere decir, por el desconcierto que nos causara, que no haya pintura valiosa en lo expuesto. Hay mucho bueno, y siguiendo el ritmo de nuestro gusto, las acuarelas —cera de asuntos marinos, son de un hermoso colorido, muy sugestivas, hay composición en ellas que llenaron nuestra emoción visual con señales de temblor poético, ahondando en nuestra sensibilidad. Son sencillas, simples,

pero llevan un mensaje de sensaciones marinas, de mares iridiscientes, de misteriosas aguas malas, de pulpos, esos animales cuyos brazos parecen raíces de un árbol sumergido.

En el óleo nos pareció encontrar ligeras reminiscencias en el trato que le da a la figura, de nuestro Max Jiménez, en ellos, la figura humana se desarticula, se agiganta a veces, a veces se achica siguiendo el ritmo que el pintor quiera imprimirle a su creación, cosa que se vé mucho en Jiménez. También en la escogencia del tema, hay acercamientos a este magnífico pintor, por la afición a lo exótico; tema negro etc. etc.

De fuerte pincelada, casi modelados, señalamos el "Cristo" como uno de los cuadros que más nos interesó. Siempre, hay que hacer un alto entre todo lo que miramos en una exposición, pues para poder ver, hay que fijarse

en poco, y este "Cristo" de sencilla composición, tiene honda religiosidad y silencios puros que atraen, que hacen que la vista se fije en él.

Entre los retratos, en los que se encuentran varios y de diversas calidades de tratamiento técnico, nos interesaron mucho, el de la Sra. Virginia Grutter de Mulaert, y el del Sr. Alvaro Chevez N. Ambos a nuestro parecer, magníficos, bien conseguidos, limpiamente ejecutados.

Nos cabe felicitar al pintor Alvarado Abella por su exposición y al Arlequín por la divulgación del arte de la pintura.

CARTAS

Tulane, University
8 de abril de 1957.

Sr. Arturo Echeverría Loría
Editorial BRECHA
Apartado 1157
San José, Costa Rica.

Estimado señor Echeverría:

La señorita Virginia Zúñiga, de Costa Rica, y estudiante en esta Universidad para su grado de Doctorado en Filosofía y Letras, ha regalado a esta Biblioteca cinco números (del 1 al 4, y 6) de su revista BRECHA. Esta ha sido una valiosa adquisición que será de gran utilidad para los profesores y estudiantes que hacen uso de nuestra biblioteca.

Nos falta el número cinco para completar la colección, el cual esperamos de su amabilidad nos sea enviado.

Le agradeceremos mucho el continuar recibiendo su meritoria publicación regularmente.

Apreciando su cooperación, le saludamos,

Muy atentamente,

EDITH B. RICKETSON
Bibliotecaria.

San José, 23 de abril de 1957.

Señor
Pablo Casals,
80 East 11th Street,
New York 3, N. Y.

Estimado Maestro:

Uno de estos días recibí con mucho agrado el mensaje que usted ha escrito en pro del Comité de Ayuda a Refugiados Españoles. Como es natural, me he sentido conmovido por esos antiguos combatientes republicanos, hoy en situación tan triste, y estoy dispuesto a colaborar con mi modesta parte en la muy jus-

ta labor de aliviar su situación.

Como no soy persona de dineros sino escritor en este mi hermoso país de un millón de habitantes, tan pequeño materialmente, un grupo de amigos, conmigo, hemos pensado en un modo de cooperación que, aunque no todo lo abundante que habiéramos deseado, añadirá una discreta suma al fondo de esos refugiados.

Por medio de la Editorial REPERTORIO AMERICANO, que dirige el Maestro García Monge, cōntaremos una edición especial de mil ejemplares de mi libro inédito "EL MAIJU Y OTRAS HISTORIAS DE TATA MUNDO", el producto de cuya venta será íntegramente para los fines dichos. El distinguido pintor Francisco Amighetti está preparando las ilustraciones, con ánimo de colaborar muy gustosamente. Los originales están ya en la imprenta. De aquí a un mes el libro estará listo; tengo resuelta su financiación, que constituye, junto con el aporte de otros amigos, mi colaboración material.

Como nuestro campo de distribución es pequeño, corrientemente se venden en los primeros seis meses unos quinientos ejemplares. Iré remitiendo religiosamente el producto de su venta. Cada ejemplar significará alrededor de un dólar.

¿Habría manera de enviar el resto a algunas direcciones en el exterior? Me refiero a personas o grupos conectados con el Comité, quienes seguramente les encontrarían salida.

Como el libro contendrá una ligera noticia sobre la finalidad para que se edita, es mi esperanza que habrá de servir también al objeto no menos útil de reforzar la campaña en que usted, mi querido Maestro, y sus amigos están. Don Joaquín García Monge, tan conocido y querido en el Continente, me ha prometido un prólogo explicativo, y esto me tiene muy contento.

Con mi más grande aprecio por don Pablo y fervorosos votos por su ventura personal, me suscribo su admirador y amigo,

Fabián Dobles.

San José, 23 de abril de 1957.

Señor
Director de BRECHA

Estimado amigo:

Tengo el gusto de incluir con

esta carta, copia de la que recientemente contesté al insigne violoncelista Pablo Casals. Ha querido el destino que el gran maestro sufriera en estos días un ataque al corazón, que nos tiene a todos sus amigos, y Casals los cuenta por millones, profundamente conmovidos.

Como usted verá, el eminente músico continúa en su tenaz labor. Esta vez pedía ayuda económica para el Comité de Ayuda a Refugiados Españoles, que, con sede en Nueva York, trabaja por aliviar la situación de miles de españoles, muchos de los cuales "están hoy en hospitales, postrados con enfermedades causadas por las condiciones miserables bajo las cuales viven", como dice don Pablo en su carta. Y continúa: "Miles se han derrumbado, necesitados de alimentos, de cuidados médicos y, lo que no es menos, de apoyo moral". ¿No es cierto que el mundo se ha olvidado de ellos?

No podíamos menos que responder al pedido del hoy ilustre enfermo, siempre maravilloso concertista, de la manera como lo hemos hecho: Francisco Amighetti, el suscrito, y otros amigos, estamos editando un libro, cuya venta se dedicará a ayudar a los compatriotas del maestro Casals.

Por supuesto, necesitamos la colaboración económica de muchas generosas personas, pues una edición cuesta algunos reales. Querremos que este gesto humanitario sea resultado de una labor de conjunto, a la que aporten su esfuerzo cuantas personas de buena voluntad sea posible. Es por esto que me estoy dirigiendo a usted. ¿Querría ser también auspiciador de la edición de mi libro? Hemos recibido ya hermosas y sustanciales respuestas de personas que contribuirán con una suma para la financiación de "EL MAIJU Y OTRAS HISTORIAS DE TATA MUNDO". Entre ellas, el escritor don Lorenzo Vi-

ves, don Silvestre Isern, el dramaturgo Alfredo Castro, etc.

La edición será cuidadosa, digna de la finalidad a que está destinada. Llevará grabados de Francisco Amighetti.

La cuota que usted quiera tomar, que no dudamos de que le causará satisfacción, queda a su criterio. Le agradeceremos nos comuniquemos de otras personas que también están dispuestas a aportar su colaboración pecuniaria en esta labor de humanidad.

Esperando su respuesta, que no dudamos será alentadora, quedo su muy atento servidor y amigo,

Fabián Dobles.

P. D. — Se nombrará un comité que habrá de manejar estos fondos.

Nueva York, 4 de abril de 1957.

Estimado Sr. Echeverría:

Le agradezco la prontitud con que se ha apresurado a enviarme la revista. Ayer recibí por avión dos ejemplares del número 7 (marzo), de los que haré llegar uno al Sr. Aguilar Machado, quien partió ya para Europa.

Continúan haciendo honor a los propósitos anunciados. El material es siempre variado e interesante; la impresión nítida, la presentación novedosa y de buen gusto y las ilustraciones y dibujos, muy artísticos.

Con gran sorpresa encontré en el referido número, sin que acierte a discernir el motivo de la reproducción, bajo el encabezamiento de "Cazurrería Tica", la sentencia de Casación confirmatoria de la condena impuesta a mi abuelo, don Crescencio Estrada, por el delito de ultrajes al Culto Católico, con ocasión del sermón bufo que predicó en ho-

NOE SOLANO

DIBUJANTE

OFICINAS: Edificio La Arena, planta baja. Frente Almacén Lines.

nor de San Francisco, en la ermita de Palmira. Se me antoja que en la reproducción de ese fallo anda de por medió mi buen amigo, Joaquín Vargas Coto, amable y bien intencionado detractor o acaso panegirista de mi abuelo cuya inocua mendacidad e innúmeras e inverosímiles consejas, han llegado a ser parte integrante de nuestro folklore. No existe ahora ningún hijo o hija de mi abuelo, de modo que nadie puede resentirse y menos yo, que lo único que tengo que objetar a su conducta fue su defensa o, mejor dicho, la que le aconsejó el abogado. El mayordomo de la iglesia de Palmira no repitió bien las palabras del reo, al hablar de una "vieja tarima". Lo que don Crescencio debió haber dicho era "una vieja... estera", para que hiciera sentido lo de "San Francisco comía como bestia (vestía). Dormía sobre una vieja... estera". El juego de palabras lo completaba la frase siguiente: "La vida del santo" (Esta era la vida del santo). El sermón, como se expresa bien en el alegato de defensa, no era original de mi abuelo. El Panzón Salazar, muerto prematuramente, con gran mengua de la futura producción literaria de Costa Rica, ya que tenía singulares dotes de prosista, me mostró una vez un libro de fecha muy anterior al incidente palmiresco, en que se estampa íntegramente el sermón de marras. El delito que se le imputa a mi abuelo es no sólo *ben trovato, ma vero*. Aunque no era lo que podría llamarse un cultor ortodoxo de Dionisos, sabido es que gustaba de las libaciones, a las que recurría de tarde en tarde y a veces también al medio día, para ahogar, como él decía, sus penas. Tampoco tenía dificultades para hacerse invitar a besar el ánfora: no tenía más que pronunciar las mágicas palabras: "Voy a contarte la muerte de... (su segunda esposa)...". Mi abuelo, al igual que sus tres hermanos, Don Florencio, Don Juan y Don Nazario, pelearon en la Campaña Nacional; pero como la participación de Don Crescencio y Don Florencio fue más o menos anónima, la Historia sólo recuerda a Don Nazario, Comandante de la Guarnición del Sapóá, y al mayor, don Juan, quien tuvo una participación brillante en diversos encuentros con el enemigo y en la toma de San Juan del Sur y a quien el Congreso confirió luego el grado de General. En realidad, Don Juan,

previniendo el honor de que habría de ser objeto, se hizo bravo de la espada de no sé quién, la misma con que aparecía retratado en el cuadro al óleo que pintó el artista que hizo el retrato de don Tomás Guardia. Desafortunadamente ese retrato ya no existe. Don Juan era famoso jinete y como ironía del destino su muerte fue causada por un caballo.

Don Crescencio era no menos aguerrido que sus hermanos, pero dado su espíritu burlón no sólo no alardeaba de su bravura, sino que hacía ridículo de ella, y cristalizaba los principios de su actitud para con el enemigo en esta consigna: "Si son muchos, nos volvemos; si son pocos, adelante y si no vemos a nadie, ¡fuego a pie firme, muchachos!"

No pretendo exaltar las ejecutorias bélicas de mis antepasados, pero quiero dejar constancia de su denuedo y gallardía, para hacer ver que ellos agotaron el valer a tal punto que a mí me cupo en suerte una dosis apenas homeopática.

Volviendo a su revista cuya aparición celebro más cada día, debo decirles que me parece muy bien pensada la declaración de que toda colaboración a BRECHA debe ser estrictamente solicitada. Eso los pone a cubierto de tanto colaborador espontáneo soporífero, cefalalgia y angustia de todo director de revistas literarias.

Su muy afmo. S.,

CRISTIAN RODRIGUEZ

Y qué buena noticia, según fuentes fidedignas, como dicen los periodistas, muy pronto dará comienzo el Teatro de la Prensa, en la casa de los periodistas. Esta sí que es una buena noticia, ya están de nuevo incrementándose las actividades culturales de ese importante centro. Nos alegramos.

Cuentan también que el director del grupo es el Pintor Luccio Ranucci, uno de los precursores del teatro experimental en Costa Rica y a quien la cultura del país le debe muchas inquietudes. Lo secunda en su labor, según nos cuentan, el actor don Fernando del Castillo de grandes posibilidades histriónicas y un gran preocupado por la cultura. Felicitemos a todo el grupo del Teatro de la Prensa y esperamos con entusiasmo el debut.

"Oro y Barro". La editorial de Antidio Cabal sigue en su camino de publicaciones; después de "Otro sol de Faenas" de Jenkins Dobles, prepara un libro de poemas de Isaac Felipe Azofeifa, quien está considerado entre el medio intelectual nuestro, como un buen poeta de poca producción conocida, por lo tanto nos alegramos de saber que muy pronto la bibliografía poética contará con un nuevo título.

Y siguiendo el hilo de las noticias, sabemos que el mismo Antidio Cabal, lanzará al mercado literario una nueva colección, cuyo nombre no hemos podido averiguar y que se propone comenzar con HOMBRE EN TRES DIMENSIONES, es decir una dimensión más del novelista y poeta Fabián Dobles que nos dará en una novela de mucho interés y acción.

Y los poetas también personalmente, sin editoriales, buscan darnos libros, así está Mario Picado Umaña, con dibujos de Juan Manuel, preparando sus Sonetos Descalzos y algunos cuentos folklóricos. Primicias de ambos han sido dados a nuestros lectores en números anteriores.

Honor al mérito y este lo tiene todo el licenciado don Carlos Tasara, cuya sala de conciertos viene guardando un récord cada vez más meritorio. Aquí el entusiasmo del señor Tasara ha sobrepasado todos los obstáculos pa-

ra hacer de su sala de arte, un punto de reunión de lo más selecto de la cultura costarricense; BRECHA, se une a todas las entusiastas felicitaciones que el licenciado don Carlos Tasara merece por su gran labor de divulgación del arte.

Ya se sabe de cierto que muy pronto estará con nosotros el gran escultor Francisco Zúñiga, ganador del premio anual de escultura en la última exposición Nacional de Escultura en la ciudad de México, con su interesante obra "Mujer en la Hamaca".

Con gran acierto la rectoría de la Universidad, es decir el Lic. don Rodrigo Facio, se ha venido preocupando para que Zúñiga conviva de nuevo con nosotros por un tiempo y planee obras ornamentales en la ciudad Universitaria. Justo y merecido para el escultor tal encargo y honroso para su patria y para la universidad que obtendrá con la cooperación y los trabajos del escultor Zúñiga, obras de inapreciable valor artístico que la enaltecerán.

Y creemos nosotros que cuando el escultor Zúñiga esté con nosotros, se debería planear la forma para que él, junto con Chacón, Zeledón, Sánchez, Bermúdez y otros magníficos escultores, se planee una obra colectiva de ornamentación en la Ciudad Universitaria, además de las que individualmente ejecuten los mencionados escultores, ya que esta es la gran oportunidad que tienen de trabajar en lo monumental en nuestra patria que debe honrarse con sus artistas.

LA POESIA ETERNA

El Cura

Por Julio HERRERA y REISSIG.

Es el Cura... Lo han visto las crestas silenciaras
luchando de rodillas con todos los reveses,
salvar en pleno invierno los riesgos montañoses
o trasponer de noche las rutas solitarias.

De su mano propicia, que hace crecer las mieses,
saltan como sortijas gracias involuntarias;
y en su asno taumaturgo de indulgencias plenarias
hasta el umbral del cielo lleva a sus feligreses...

El pasa del hisopo al zueco y la guadaña;
él ordeña la pródiga ubre de la montaña
para encender con oros el pobre altar de pino;

de sus sermones fluyen suspiros de albahaca:
el único pecado que tiene es un sobrino...
Y su piedad humilde lame como una vaca.

MIGUEL MACAYA & Cía.

MAQUINARIA AGRICOLA E INDUSTRIAL, LTD.

Maquinaria para la Agricultura y la Industria.

Maquinaria Agrícola en una línea completa.

Tractores "International" (de Ruedas y de Oruga).

Motores Diesel "Petter".

Equipo para construcción de carreteras.

Compresores de aire "Worthington".

Equipo de Refrigeración.

Soldadoras Eléctricas y Autógenas "Marquette".

Bombas para agua "Worthington".

Equipos para Fumigación de café y árboles "Myers".

Aplanadoras y Motoniveladoras "Galion".

Palas Mecánicas "Link-Belt".

Quebradores de Piedra "Universal".

Surtido de Repuestos.

Taller de Servicio.

Consulte nuestros planes de Financiación.

EDIFICIO INTERNATIONAL

50 varas Norte Hotel Europa.

Teléfonos: 5830 - 5831

Apartado: Letra "A".

EL CONSEJO NACIONAL DE PRODUCCION

Impulsa las actividades productoras de riqueza

EL PLAN PESQUERO NACIONAL

No solamente beneficia al público consumidor, sino que significa un positivo estímulo para un sector importante de la industria costarricense. El Plan ha beneficiado a los consumidores garantizándoles pescado de primera a precios sumamente ventajosos; a los empresarios nacionales dedicados a la pesca les ha garantizado precios justos de compra y mercado seguro para el fruto de sus esfuerzos. El Plan Pesquero Nacional es una realidad que beneficia a los costarricenses, y es un gran esfuerzo conjunto del Consejo Nacional de Producción, del Ministerio de Agricultura e Industrias y del Sistema Bancario Nacional.

EL CONSEJO NACIONAL DE PRODUCCION ES UNA INSTITUCION
NACIONAL QUE PROTEGE LOS INTERESES DEL
PUEBLO COSTARRICENSE